

The background of the cover is a photograph of ancient ruins. On the left, two tall, fluted columns of a classical building stand prominently. To their right and in the foreground, there are large, weathered stone blocks and a pile of rubble. In the distance, the blue sea meets a clear blue sky. A small figure of a person can be seen on the rocks near the water's edge.

Las epístolas de Juan

UN COMENTARIO BREVE

ZANE C. HODGES

Las epístolas de Juan: Un comentario breve es una traducción al español del extracto correspondiente de *The Grace New Testament Commentary*.

Hodges, Zane C., 1932-2008

Traducción al español y edición: Óscar Pellús Ruiz

Derechos de autor © 2010, 2025
Grace Evangelical Society

Para solicitudes de información, comuníquese a:
ges@faithalone.org, www.faithalone.org

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede reproducirse de ninguna manera sin el permiso previo del editor, excepto lo permitido por la ley de derechos de autor de EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas se toman de la Versión Reina-Valera 1960 © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas en América Latina.

Grace Evangelical Society
P.O. Box 1308
Denton, TX 76202

Impreso en EE. UU.

LAS EPÍSTOLAS DE JUAN: UN COMENTARIO BREVE

INTRODUCCIÓN

LA TRADICIÓN ANTIGUA ATRIBUYE ESTAS epístolas a Juan, hijo de Zebedeo, uno de los doce apóstoles. Aunque se han hecho esfuerzos por evadir la implicación de que un testigo ocular escribió 1:1-4, dichos esfuerzos son infundados. La afirmación de 1 Juan 4:6 (“Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error”) sería, cuando menos, una afirmación pomposa si no hubiera sido escrita por un apóstol.

En 2 Juan y 3 Juan, el autor se presenta como “el anciano”. Este título podría ser simplemente una forma modesta de referirse a sí mismo como una persona mayor. Sin embargo, también es posible que para entonces el término “ancianos” ya se usara para designar a los apóstoles. De ser así, el uso de esta expresión en ambas epístolas podría implicar una afirmación de autoridad apostólica.

No resulta sorprendente que muchos académicos críticos se esfuercen por atribuir el Cuarto Evangelio y estas epístolas a autores no apostólicos, dado el sesgo habitual que suelen mostrar contra los testimonios oculares de los apóstoles. Pero el intento de diferenciar la autoría del Evangelio de la de las epístolas —e incluso, a veces, de distinguir entre 1 Juan y 2 y 3 Juan— constituye una sorprendente muestra de visión de túnel. Es difícil encontrar cuatro libros en toda la literatura griega que exhiban un estilo más claramente originado

en una sola mente que el estilo del Evangelio y las Epístolas. Incluso un lector en español puede percibirlo.

La casi unánime opinión de los antiguos de que el apóstol Juan escribió estas tres epístolas debe ser tomada con todo su peso. La autoría joánica cuenta con un sólido respaldo y es imposible de refutar.

No existen indicios internos claros acerca de la fecha en que se redactaron las Epístolas de Juan. El contenido de las epístolas a menudo parece presuponer el conocimiento de lo que se escribió en el Evangelio de Juan.

Lo más probable es que la fecha de dicho Evangelio sea anterior al año 70 d. C., ya que la destrucción del templo no se menciona en él. La afirmación de Juan 5:2: “Hay en Jerusalén, junto a la *puerta* de las ovejas, un estanque”, indica que Jerusalén todavía estaba en pie cuando se escribió el Evangelio. Según Eusebio e Ireneo, Juan escribió su Evangelio desde Efeso. Muchos creen que inició su ministerio allí a finales de los años 40 o a comienzos de los 50. La fecha más probable para la composición del Evangelio de Juan en Éfeso (según Ireneo) estaría entre los años 48 y 52 d. C. Nadie sabe cuánto tiempo transcurrió entre la redacción del Cuarto Evangelio y la composición de las epístolas, que con frecuencia parecen presuponer las enseñanzas presentes en dicho Evangelio; no obstante, bien podrían haber transcurrido bastantes años.

El libro del Apocalipsis fue el último libro que escribió Juan. Aunque muchos lo fechan en una época tardía, hay buenas razones para creer que también se redactó antes de la destrucción del templo en el año 70 d. C. (véase la Introducción a Apocalipsis).

Por lo tanto, las epístolas pueden datarse, en términos generales, entre los años 48 y 70. Sin embargo, a la luz de la infiltración de falsa doctrina en la iglesia y de la referencia de Juan a lo que habían “oído desde el principio” (cf. 1 Juan 2:7, 24; 3:11; 2 Juan 6), parece preferible una fecha en torno a los años 64–65.

Cuando Juan escribió 1 Juan, quizá ya había regresado a Jerusalén junto con otros apóstoles (cf. comentario a 2:19). Juan ya conocía bien al menos una de las iglesias a las que se dirige (véase comentario a 2 Juan). Su preocupación paternal, marcada por su repetida forma de dirigirse a ellos como “hijitos”, también sugiere que sentía una responsabilidad pastoral por estos creyentes.

En 1 Juan, el apóstol manifiesta su preocupación de que ciertos falsos maestros puedan ser escuchados en la iglesia o iglesias a las que se dirige. Puesto que niegan que Jesús sea el Cristo venido en carne (1 Juan 2:22; 4:3), su doctrina ataca el corazón mismo de la experiencia cristiana. Los lectores, que son cristianos (2:12-14, 21; 5:13), no corren el riesgo de perder la vida eterna —la cual no puede perderse—, pero sí corren el peligro de que su comunión con Dios quede seriamente dañada.

El propósito de 1 Juan es la *comunión* (1:3); sin embargo, Juan también escribió para mantener y promover esa comunión con Dios frente a errores teológicos. Estos errores parecen centrarse en la negación de que Jesús es el Cristo que vino en carne. Las declaraciones de 1 Juan 5:6-8 sugieren la posibilidad de un error que consistía en que Jesús, el hombre, y el Cristo divino eran dos seres distintos, y que el Cristo descendió sobre Jesús en su bautismo, pero lo abandonó antes de su muerte. Así, podría decirse que el Cristo divino vino “mediante agua”, pero no “mediante sangre” (véase la discusión en 5:6).

De ser así, ello implicaría que, al menos en ciertos aspectos, los falsos maestros consideraban la experiencia física inapropiada o carente de significado para un ser divino. Esto podría haber incluido la idea de que cualquier contacto físico con tal ser era imposible y de que las personas solo podían tener contacto con el Jesús humano. Si se hizo tal afirmación, queda refutada en 1:2, donde se declara que los apóstoles tuvieron contacto físico con “la *vida eterna*, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó” (cursivas añadidas).

Los falsos maestros también podrían haber sostenido que la persona *espiritual* no pecaba *realmente* al incurrir en inmoralidad, pues —según ellos— se hallaba por encima de toda experiencia física o separada de ella. Por ello, la clara preocupación de Juan de que los mandamientos del Señor se tomen en serio resulta pertinente ante una enseñanza como esta (2:3-4, 7; 3:23; 4:21; 5:2-3).

Llama especial atención el mandato final de la epístola: “Hijos, guardaos de los ídolos” (5:21). Como revelan las cartas a las siete iglesias en Apocalipsis, el problema de las concesiones que los cristianos hacían a las prácticas paganas e idólatras seguía muy presente en esas congregaciones (Apocalipsis 2:14, 20). La situación cultural hacía que tal transigencia fuera especialmente atractiva. Los artesanos, por ejemplo, podían formar parte de un gremio que

tuviera como patrón a un dios pagano concreto. Las reuniones del gremio podían celebrarse en el templo del ídolo, y esos banquetes solían ofrecer la oportunidad de inmoralidad con prostitutas del templo. Un cristiano que se negara a asistir a tales reuniones podía temer ser expulsado de su gremio y con ello, la pérdida de sus medios de subsistencia.

1 Juan también contiene indicios de que el apóstol combate una concepción de Dios que admitía *tanto la luz como las tinieblas* como parte de la naturaleza divina. Por ejemplo, cuando Juan escribe: “Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él” (1 Juan 1:5), la expresión griega traducida como “no hay ningunas tinieblas” es enfática, como refleja la palabra “ningunas”. De nuevo, en 2:29 — “Si sabéis que él es justo”— Juan utiliza una construcción condicional griega que no da por sentado tal conocimiento.

Es posible que los falsos maestros sostuvieran que, en última instancia, el bien y el mal, la luz y las tinieblas proceden del mismo Dios. De hecho, esta idea parece estar detrás de la discusión sobre la impecabilidad de la naturaleza de la persona regenerada que se encuentra en 1 Juan 3:6-9.

Juan también subraya la idea de la “verdad original” y utiliza repetidamente la expresión “desde el principio” para aludir a las enseñanzas y creencias que los cristianos habían recibido desde el inicio (véanse 1 Juan 1:1; 2:7; 2:24; 3:11). Los falsos maestros no rechazaban el cristianismo por completo; reinterpretaron la historia y la doctrina cristianas. Por ello, se les puede llamar “los revisionistas”, aquellos que introdujeron una *versión nueva* del cristianismo.

No se les denomina gnósticos, ya que en 1 Juan no se encuentra indicio alguno de las mitologías gnósticas posteriores (con la posible excepción de la referencia a Caín en 3:12). Es concebible que se pudiera llamar a estos falsos maestros *protognósticos*, pero el término “revisionistas” parece más apropiado. No obstante, probablemente ya reflejaban algunos de los conceptos que más tarde serían formativos en el pensamiento gnóstico.

Es evidente que, en otro tiempo, esos falsos maestros habían estado vinculados al círculo apostólico. Esta es, con mucho, la lectura más natural de 1 Juan 2:19, donde se inicia la secuencia “ellos-nosotros-vosotros” (véase el comentario a 2:20). Era lógico que los falsos maestros, deseosos de difundir sus doctrinas en las

iglesias de los gentiles, afirmaran tener vínculos con la Iglesia madre de Jerusalén. De hecho, los legalistas que llegaron a Antioquía desde Judea (Hechos 15:1) aparentemente hicieron tales afirmaciones, las cuales los apóstoles y ancianos de Jerusalén se vieron obligados a desmentir (v. 24). Por 1 Juan 2:19 se infiere que los revisionistas formularon afirmaciones semejantes, que Juan refuta.

Al igual que 1 Juan, 2 Juan aborda principalmente a los revisionistas, o anticristos. A primera vista, 2 Juan podría parecer una carta personal, pero generalmente se considera que fue escrita a una iglesia cristiana en particular, personificada como “la señora elegida”.

3 Juan, en cambio, es una carta personal. En esta epístola no se aprecia indicio alguno de problemas doctrinales, y Diótrefes no parece ser más que el primer déspota eclesiástico conocido en la historia cristiana. Pero esta epístola es aún más importante por su singularidad al tratar un problema que se ha repetido incontables veces a lo largo de la historia cristiana.

ESQUEMA DE 1 JUAN

- I. Prólogo: El llamado a la comunión (1:1-4)
- II. Preámbulo: Vivir en comunión con Dios (1:5-2:11)
- III. Propósito: Resistir a los anticristos (2:12-27)
- IV. Cuerpo: La vida que lleva a la confianza ante el tribunal de Cristo (2:28–4:19)
- V. Conclusión: Aprender a vivir en obediencia (4:20–5:17)
- VI. Epílogo: Certezas cristianas (5:18–21)

ESQUEMA DE 2 JUAN

- I. Salutación (vv. 1-3)
- II. Proteger la verdad rechazando el error (vv. 4-11)
- III. Despedida (vv. 12-13)

ESQUEMA DE 3 JUAN

I. Salutación (v. 1)

II. Defender la verdad apoyando a sus representantes (vv. 2-12)

III. Despedida (vv. 13-14)

1 JUAN

COMENTARIO

I. Prólogo: El llamado a la comunión (1:1-4)

Primera de Juan comienza con un testimonio ocular de primera mano sobre lo que el autor y sus compañeros apóstoles presenciaron en Jesucristo. Juan apela a lo que han visto y oído para refutar a un grupo de maestros autoproclamados que podríamos llamar *revisiónistas*, cuyo mensaje no concuerda con las verdades transmitidas originalmente a los apóstoles. Si los lectores adoptaran alguna de las doctrinas enseñadas por esos falsos maestros, su comunión con el círculo apostólico y con Dios se rompería (v. 3).

1:1. La forma impersonal **lo que era desde el principio** es deliberada. Aquí el tema no es la *persona* de Cristo, sino “la vida eterna, la cual estaba con el Padre y se nos manifestó” (v. 2). Aunque Jesús es “el verdadero Dios y la vida eterna” (5:20), el apóstol desea subrayar la realidad de la vida eterna en sí misma. Esta es una vida que comparten sus lectores (véase el comentario a 5:13).

Juan relata lo siguiente acerca de sí mismo y de sus compañeros apóstoles (nótese el uso de la primera persona del plural): **hemos oído... hemos visto... hemos contemplado, y palpamos nuestras manos** esta vida.

Los verbos *oír* y *ver*, que vuelven a aparecer en el v. 3, están en tiempo perfecto griego, lo que indica que la experiencia apostólica

sigue vigente y se comparte de forma continua. En cambio, los verbos *contemplar* y *palpar*, que no se repiten en el v. 3, están en tiempo aoristo, que no implica continuidad.

Su mensaje era acerca **del Verbo de vida**, es decir, “sobre el *mensaje acerca* de la vida”. Pero, dado que Jesucristo es esa vida (5:20), también puede entenderse como “sobre el mensaje acerca de la *Vida*”. Juan escribe lo que él y los demás apóstoles presenciaron en Jesucristo, quien *es* la vida (5:11-12).

1:2. Los apóstoles **han visto** esa vida **manifestada**, **testifican** acerca de ella y la **anuncian** a los lectores. La revelación de esta vida se hizo únicamente a los apóstoles (“se nos manifestó”), de modo que quedaron equipados para compartir su conocimiento de esta vida *manifestada*.

1:3. Lo que los apóstoles **han visto y oído** no puede compartirse plenamente en esta vida: los creyentes deberán esperar hasta estar en la presencia del Señor para “contemplantarlo” o “palparlo”. Aquí Juan declara el propósito de la epístola: la comunión (*koinonía*: experiencias, proyectos y posesiones compartidas). No se trata de una comunión cualquiera, sino de la comunión con los testigos apostólicos. Además, Juan invita a los lectores a participar de la comunión que los mismos apóstoles disfrutaban “con el Padre y con su Hijo Jesucristo”. Quien tiene comunión con el círculo de Juan también la tiene con Dios y con Jesucristo.

1:4. Juan y los demás apóstoles se regocijan cuando aquellos a quienes han guiado a Cristo, o han nutrido en la fe, permanecen fieles a la fe. Si la presente carta logra animar a los lectores a que “lo que [han] oído desde el principio, permanezca en [ellos]” (2:24), el gozo de los lectores será completo.

El verdadero gozo se obtiene al conocer a Cristo y a Dios el Padre por medio de los apóstoles. Las iglesias de hoy necesitan recuperar el respeto por la importancia de la verdad divina, así como el rechazo del error doctrinal.

II. Preámbulo: Vivir en comunión con Dios (1:5-2:11)

Dado que los revisionistas representan una amenaza para la comunión continua de los lectores con Dios, es importante exponer los principios fundamentales para dicha comunión.

A. Permanecer en el camino: Andar en la luz de Dios (1:5-2:2)

1:5. El sencillo pero profundo mensaje de que **Dios es luz** es crucial para toda comunión entre Dios y sus criaturas. Al estar libre de todo defecto moral, su luz no está manchada por ningún grado de impureza moral, **y no hay ningunas tinieblas en él.**

Esta última declaración es tan enfática en el griego (“las tinieblas no están en Él —ninguna”) que los revisionistas podrían haber afirmado que *sí* había tinieblas en la Deidad. En el ambiente religioso del siglo I, los conceptos paganos acerca de los dioses pudieron haber influido en algunos para presentar una revelación de Dios contraria a las Escrituras. Los herejes pudieron haber imaginado que su naturaleza incluía tanto *luz* como *tinieblas*. Si los revisionistas sostenían tal concepto de Dios, podrían argumentar que las distinciones morales carecían de validez. Era vital que los lectores de esta epístola no malinterpretaran este punto: Dios es *completamente* santo.

1:6. La formulación en primera persona del plural (nosotros) incluye tanto a los apóstoles como a su audiencia cristiana. El creyente que anda en pecado ha perdido el contacto con un Dios completamente santo; si aun así afirma tener **comunión** con Él, miente. Los creyentes que pecan están fuera de *comunión* con Él.

La expresión **practicamos la verdad** (lit., “hacer la verdad”) significa actuar de manera coherente con la verdad. Afirmar que se tiene *comunión* con Dios mientras se anda en *tinieblas* es comportarse de forma contraria a la verdad acerca de la santidad divina.

1:7. En lugar de andar en tinieblas, los creyentes deben **andar en luz**, esto es, vivir en la presencia de Dios, expuestos a lo que Él ha revelado acerca de sí mismo. Por otra parte, “andar en tinieblas” (v. 6) implica esconderse de Dios y negarse a reconocer lo que se sabe de Él.

El creyente que desea comunión con el Señor ha de mantenerse abierto a Él y estar dispuesto a ser honesto en su presencia respecto a todo lo que Dios le muestre.

El resultado de andar *en luz* es que los creyentes **tienen comunión unos con otros**. Es decir, ellos disfrutaban de comunión con Dios y Él con ellos. Aunque los cristianos siguen siendo personas pecadoras, mientras *andamos en luz*, **la sangre de**

Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado, de modo que la comunión se mantiene.

Es cierto que todos los cristianos han sido *ya* lavados (cf. 1 Corintios 6:11) y poseen el pleno perdón en Cristo (cf. Efesios 1:7). Asimismo, existe una limpieza continua basada en la **sangre** de Cristo, que hace posible a hijos imperfectos gozar de una experiencia genuina de compartir con un Padre celestial perfectamente santo.

1:8. Nadie puede afirmar legítimamente en ningún momento que **no tiene pecado**; quien hace tal afirmación se engaña a sí mismo. La expresión **la verdad no está en nosotros** no significa que la persona en cuestión no sea salva. El apóstol sigue usando la primera persona del plural (*nosotros* y *nos*) tal como lo ha hecho desde el v. 5 en adelante. Si *la verdad* obra adecuadamente en los creyentes, ellos no caerán en esta trampa; pero si caen, *la verdad no está en ellos* como una fuerza activa y gobernante capaz de moldear sus pensamientos y actitudes.

1:9. Mientras los creyentes anden en esa luz, estarán en condiciones de que se les *muestren* sus fracasos. Cuando esto ocurra, deben **confesarlos**. La palabra *arrepentimiento* no aparece aquí ni en ninguna parte de la epístola. En el sentido en que Juan da al término, el arrepentimiento cristiano es apropiado cuando se persiste en un patrón de pecado que necesita ser cambiado (véase Apocalipsis 2:5, 16, 21, 22; 3:3, 19). En 1 Juan 1:9, Juan se refiere a quienes *descubren* pecado mientras están en comunión con Dios, no a los que se han desviado. La audiencia de 1 Juan es espiritualmente estable y no tiene nada de qué arrepentirse (véase 2:12-14, 21). Su tarea es “permanecer” en Cristo y en su verdad (véase 2:24, 28).

La confesión de pecados permite a los creyentes mantenerse en comunión. 1 Juan 1:9 no se dirige a los incrédulos. En ninguna parte de la literatura joánica se presenta la confesión de pecado como condición para obtener la vida eterna; la fe es la única condición para la salvación (cf. Juan 3:16; 5:24; 6:47; 1 Juan 5:1, 12, 13).

Si los creyentes niegan lo que la luz les revela, dejan de ser honestos y abiertos con Dios, y la comunión se interrumpe. Pero, **si confesamos** (*homologeō*, “estar de acuerdo, admitir, reconocer”) **nuestros pecados** que la luz revela, podemos depender de Dios, quien es **fiel y justo para perdonar nuestros pecados**. Entonces la

comunión continúa. La palabra *justo* (*dikaiois*) significa “recto”. Debido a la sangre derramada de Cristo (v. 7), no hay concesión alguna a la justicia de Dios cuando Él perdona.

La Reina-Valera añade un segundo *nuestros*, aunque en el texto griego no hay nada que corresponda estrictamente a ello. Se podría traducir “para perdonar *los* pecados”, con la implicación de “los pecados *que confesamos*”. Pero, ¿qué sucede con los pecados de los que los creyentes no son *conscientes*? Estos quedan cubiertos por la expresión **y limpiarnos de toda maldad**. Por lo tanto, cada vez que un creyente confiesa —reconociendo honestamente lo que sabe que está mal— cualquier otro pecado presente en su vida queda completamente limpiado. No queda nada sin limpiar.

1:10. Cuando el pecado es revelado, los creyentes pueden confesarlo o afirmar: **no hemos pecado**. Si optan por lo segundo, **hacen a él mentiroso** al negar el testimonio de **su palabra** y, en efecto, acusar a Dios de falta de veracidad.

No debe entenderse aquí la expresión *no hemos pecado* como una negación categórica de haber pecado *alguna vez* o *en algún momento*. Aun estando en comunión con Dios, uno sigue necesitando limpieza (v. 7). Si niega esa verdad, se engaña a sí mismo (v. 8). Si confiesa los pecados que la luz le muestra, es perdonado (v. 9). Pero, si niega lo que la luz revela, hace a Dios mentiroso, lo que demuestra que no tiene comunión con Dios (v. 6), quien es Luz (v. 5).

2:1. El apóstol introduce ahora una salvedad. Sus palabras podrían interpretarse erróneamente como un desaliento para resistir el pecado; sin embargo, esa no es su intención. Con ternura, se dirige a sus lectores como **hijitos míos** (en ninguna parte de su carta duda de que sus lectores sean cristianos genuinos; cf. 2:12-14). No quiere que sus *hijos* espirituales malinterpreten su propósito al escribirles **estas cosas**. *Estas cosas* —es decir, 1:5-10— no se escriben para excusar o fomentar el pecado, sino **para que no pequéis**.

Aunque el pecado debe ser rechazado con firmeza, puede y suele ocurrir en la vida de los creyentes. Por eso, Juan añade: **y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo**. Como nuestro *Abogado*, Jesús no ruega a Dios para que nos mantenga “salvos”. Las numerosas promesas del Evangelio de Juan que garantizan la seguridad del creyente contradicen tal idea. Puesto que las promesas de Jesús son verdaderas y el creyente está

eternamente seguro, no hay necesidad de que el Hijo suplique al Padre que no rechace al creyente que peca.

Como *Abogado*, Jesús intercede por los creyentes en oración ante el Padre para que “su fe no falle” (cf. Lucas 22:31-33). Aunque “los dones y el llamamiento de Dios *son* irrevocables” (Romanos 11:29), la fe que se apropia de esos dones sí puede fallar (cf. 2 Timoteo 2:18). Cristo intercede por los creyentes para que esto no suceda.

2:2. Jesús es también la **propiciación por nuestros pecados**. Puede interceder por los creyentes ante Dios porque, de manera personal, ha satisfecho a Dios *por nuestros pecados*. No importa cuál sea el pecado de cada uno; Cristo ya lo ha satisfecho. De hecho, como *propiciación* por el pecado, cubre los pecados de toda la humanidad (**todo el mundo**).

El argumento de que si Cristo pagó por todos los pecados de la humanidad, entonces todos serían salvos, es una idea equivocada. Quitar el pecado como barrera para la gracia salvadora de Dios no produce automáticamente regeneración ni vida eterna. El pecador permanece muerto y “ajeno a la vida de Dios” (Efesios 4:18). En el juicio final de los perdidos (Apocalipsis 20:11-15), el pecado *en sí* no se toma en cuenta. Más bien, los hombres son “juzgados según sus obras” (Apocalipsis 20:12), para mostrar a cada uno que sus “obras” no le confieren derecho alguno a la salvación de Dios.

B. Alcanzar la meta: Conocer al Dios de luz (2:3-11)

2:3. Toda afirmación de haber logrado un conocimiento personal de Dios puede comprobarse de inmediato: basta con observar si la persona guarda **sus mandamientos**. La palabra **le** (“le conocemos”) podría referirse tanto a Dios como a Cristo, o quizá sea deliberadamente ambigua, pues para Juan ambos son Uno.

Con frecuencia este versículo se usa para indagar si alguien es verdaderamente *salvo*. La explicación que se da a menudo es que, aunque la salvación es por fe, uno no puede saber si su fe es genuina a menos que guarde *sus mandamientos*. Sin embargo, tal idea entra en conflicto con la teología joánica en varios aspectos.

Primero, una persona es salva al creer en Cristo para vida eterna (Juan 3:16; 5:24; 6:35; etc.). Segundo, sostener que un cristiano puede creer en Cristo sin saber si *realmente* ha creído es absurdo. Cuando Jesús pregunta a Marta si cree, ninguno de los dos adopta

una actitud de “esperar y ver” (Juan 11:25-26). La respuesta de Marta, aceptada por Jesús, fue una firme afirmación de su fe (v. 27). Puesto que creer implica estar convencido de que algo es verdad, al creer sabemos que hemos creído.

1 Juan 2:3 no aborda el conocimiento *salvífico* de Cristo, sino un conocimiento de *comunión*. Aunque todos los creyentes conocen a Dios y a Cristo en un sentido fundamental, no todos lo conocen en la esfera de comunión (cf. la interacción entre Felipe y Jesús en Juan 14:7-9). Así, 1 Juan 2:3 se refiere no al conocimiento *salvífico* de Dios, sino al conocimiento *experiencial* de Dios.

2:4. Pero alguien podría afirmar tener tal conocimiento sin la obediencia que lo acompaña. En ese caso, quien hace tal afirmación **es mentiroso, y la verdad no está en él** como fuerza activa y gobernante (véanse los comentarios sobre 1:8). Sin obedecer los mandamientos de Dios, nadie puede afirmar con veracidad un conocimiento personal e íntimo del Padre y del Hijo.

Aquí, como en el v. 3, las palabras “**Yo le conozco**” se pueden traducir como *He llegado a conocerle*. En labios de los revisionistas, esta declaración probablemente implicaba haber alcanzado un conocimiento de Dios del que los lectores carecían y que ellos aseguraban poder proporcionar.

2:5. En contraste con la falsa pretensión del v. 4, el apóstol observa que quien **guarda** (protege) **su palabra** experimenta de manera especial **el amor de Dios**. El amor a Cristo y la obediencia a *su palabra* no son, de ningún modo, una prueba de la fe que salva, a pesar de la reiterada afirmación de muchos de que sí lo son. Más bien constituyen pruebas de un discipulado genuino y sincero con Jesús.

El amor de Dios se ha perfeccionado en los cristianos obedientes. El verbo griego traducido como *se ha perfeccionado* (*teteleiōtai*) significa “llevar a la plenitud”, “alcanzar su meta” o “llevar a su máxima expresión”. El amor de Dios hacia el creyente es maravilloso en el momento de la salvación (véase 3:1), pero no alcanza su meta hasta que el creyente corresponde a ese amor mediante la obediencia, de modo que conoce el amor profundamente personal del Padre y del Hijo, quienes “harán morada con él” (Juan 14:23).

La expresión **en este** (*en autō*) no equivale al concepto paulino de estar “en Cristo” (*en Christō*). A la luz de la enseñanza de Cristo

en Juan 13–17 (especialmente 15:1-8), la expresión “en este” se refiere a la relación Maestro-discípulo de “permanecer”.

2:6. La afirmación de que alguien **permanece en** Cristo solo puede verificarse mediante un estilo de vida semejante al de Cristo. El verbo griego *menō* (“permanecer”, “habitar”, “vivir”) —su primera aparición en 1 Juan— describe la vida de discipulado (cf. Juan 15:4-7). La expresión “en este” de 2:5 corresponde a la idea de “permanecer” en Él. Los versículos siguientes explican cómo lograrlo.

2:7. El **mandamiento antiguo** es el que los creyentes recibieron **desde el principio** de su experiencia cristiana. Ese *mandamiento antiguo* es el que Jesús pronunció años atrás y quedó registrado en Juan 13:34: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros”.

Este memorable *mandamiento* “nuevo” *era ya antiguo* para los lectores de Juan porque lo habían recibido *desde el principio*, es decir, en la etapa más temprana de sus vidas cristianas. Ese es el único sentido razonable de la expresión *desde el principio*. Hay un vínculo implícito entre 1:1 y 2:7, pues Juan se ocupa en esta carta de la verdad original del cristianismo, en contraste con la “nueva verdad” espuria que evidentemente enseñaban los revisionistas. Tal vez estos reinterpretaban el significado del mandamiento de amarse unos a otros. Juan no lo permitiría: **el mandamiento antiguo** seguía teniendo el mismo contenido de siempre.

2:8. Desde otro punto de vista (**Sin embargo**), el mandamiento del que hablaba Juan en el v. 7 como “antiguo” puede calificarse de **mandamiento nuevo**, porque pertenece a la era nueva que está comenzando.

Van pasando (παράγω) solo aparece en 1 Juan aquí y en el v. 17 (véase también 1 Corintios 7:31). Como el mundo está moralmente enfrentado a Dios el Padre (1 Juan 2:15-17), la oscuridad describe su condición moral. Por eso el apóstol afirma que la antigua situación moral del mundo es temporal. La “nueva” realidad que la sustituirá, **la luz verdadera ya alumbra**: se reveló plenamente en el amor de Cristo por el mundo (Juan 3:16), y sigue revelándose en el amor que los cristianos se tienen unos a otros. Vendrá el día en que ese amor brillará con un fulgor sin impedimentos (2 Pedro 3:13).

2:9. La afirmación de que este versículo solo puede referirse a creyentes “profesos” carece de fundamento. Si Juan estuviera

pensando en un cristiano no salvo —aunque profesante— que odia a un verdadero cristiano, no habría escrito: **El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano**, ya que el posesivo “su” resultaría engañoso; habría dicho más bien: “El que aborrece a *un* hermano” (es decir, alguien que odia a un cristiano).

En este contexto, el tema es el mandamiento del Señor: “Que os améis unos a otros” (cf. Juan 13:34). Juan tiene en mente el amor de los cristianos hacia otros cristianos (cf. especialmente 4:20–5:1). Por lo tanto, el término *hermano* debe entenderse en sentido cristiano.

El apóstol reconoce la triste realidad de que algunos creyentes sienten hostilidad y animadversión contra otros creyentes. La condición moral de tal cristiano es deplorable. Su afirmación de caminar en la luz, en comunión con Dios, se desmiente por su odio hacia su compañero cristiano. Ese cristiano **está todavía en tinieblas**.

2:10. En cambio, el cristiano que **ama a su hermano** no solo está **en la luz**, sino que también **permanece** en ella. Al amar a Dios y a los demás como Cristo amó, anda “como él anduvo” (v. 6).

Además, en quien vive de esta manera **no hay tropiezo** (es decir, ningún *skándalon*, “trampa” o “cepo”, aquello que hace caer a una persona en pecado). En el que *ama a su hermano* no existe tal trampa.

Esto no significa que esa persona no tenga pecado alguno (véase 1:8), sino que, al andar como Cristo anduvo, no genera en su interior una condición espiritual que lo haga caer en pecado.

2:11. El cristiano que odia a otro creyente ha perdido el contacto con “la luz verdadera” (v. 8), que manifiesta la naturaleza amorosa de Dios, y ha abrazado “las tinieblas” que “van pasando” (v. 8). Se convierte en instrumento en manos de Satanás, provocando divisiones trágicas y rupturas en la iglesia. Como dice Juan, **anda en tinieblas, y no sabe a dónde va**.

III. Propósito: Resistir a los anticristos (2:12-27)

A. Reconociendo sus recursos espirituales (2:12–14)

Los vv. 12-14 dejan claro que Juan no considera a sus lectores como “falsos profesantes”. Interpretar esta epístola como si

presentara una serie de “pruebas” para determinar si alguien es verdaderamente salvo es un error.

2:12. El hecho de que los lectores hayan experimentado el perdón de los **pecados** los identifica como **hijitos** de su Padre celestial (cf. v. 13). Este perdón les ha sido concedido **por su nombre** (lit., “por causa de su nombre”). Es decir, su perdón se basa en la eficacia del nombre de Cristo.

Como se verá en los vv. 25–26, los revisionistas parecen haber puesto en duda la totalidad de la experiencia de salvación de los lectores. Pero Juan acaba de enseñar que ellos han experimentado un verdadero perdón (cf. 1:5–2:2).

2:13. Al dirigirse a sus lectores como **padres**, Juan les está recordando lo que acaba de escribir acerca de conocer a Dios (vv. 3–11). A la luz de lo dicho en los vv. 3 y 4, la afirmación de que los lectores conocen (**conocéis**) a Dios implica que han alcanzado el grado de madurez en el que *guardan* los mandamientos del Señor.

Las palabras **al que es desde el principio** podrían referirse tanto a Dios como a Cristo. En este contexto, la expresión *desde el principio* se entiende naturalmente como una referencia a la eternidad de Aquel a quien los lectores conocen. El término *padres* conlleva la idea de una experiencia madura con el Dios eterno.

Pero los lectores también son **jóvenes** que **han vencido al maligno** (Satanás). La designación *jóvenes* aparece después de *padres*, ya que la valiosa experiencia de los lectores como *hijitos* (que han recibido el perdón de los pecados) y como *padres* (que conocen a Dios) los transforma en *jóvenes* vigorosos, preparados para enfrentarse a Satanás.

De hecho, estos **jóvenes** ya han **vencido** a Satanás. El verbo griego (en tiempo perfecto, *nenikēkate*) sugiere una victoria pasada cuyos frutos permanecen. Probablemente Juan está pensando aquí en la fe de los lectores en Jesús.

Como **hijitos** (*paidion*, en lugar de *teknion* del v. 12), los lectores han ido más allá de la experiencia mínima del perdón de los pecados. Todos los creyentes en Cristo han recibido perdón como parte de su experiencia de salvación. Incluso en sus primeros días como *hijitos* en la familia de Dios, experimentan el “perdón familiar” al confesar sus pecados a Dios (véase 1:9). Así como un bebé apenas puede hacer algo más que reconocer a sus padres, lo mismo sucede en el

ámbito espiritual. Llegar a conocer **al Padre** requiere tiempo en la fe y crecimiento espiritual.

El concepto de “llegar a conocer” a Dios está en el tiempo perfecto del griego, lo cual indica una situación que resulta de algo que se ha cumplido en el pasado. En cada caso en que Juan emplea este tiempo verbal, una traducción adecuada sería *llegar a conocer*. En esta segunda referencia a los *hijitos*, se da a entender un progreso más allá de la mera infancia espiritual.

2:14. A los lectores vistos como **padres**, Juan no les dice más de lo que ya ha dicho. ¿Pues qué podría representar un progreso más allá del conocimiento de Aquel **que es desde el principio**? Su conocimiento de Dios es plenamente suficiente. Sin duda, los revisionistas opinaban lo contrario.

Como **jóvenes** en quienes **la palabra de Dios permanece**, la audiencia de Juan está preparada para la batalla, ya que tiene acceso al recurso de la oración contestada (véase 3:22; 5:14-15).

B. Reconociendo a sus adversarios espirituales (2:15-27)

1. Resistir al mundo (2:15-17)

2:15. El **mundo** —un sistema moral y espiritual diseñado para apartar a la humanidad del Dios vivo— resulta profundamente seductor (véase v. 16), y ningún cristiano, por maduro que sea, está completamente inmune a sus atractivos.

Si un cristiano ama **al mundo** o **las cosas que están en él**, *no* ama a Dios. Juan no está diciendo que Dios no ama a quienes aman al mundo, sino que el amor de Dios no está obrando **en** ellos ni a través de ellos. Es imposible amar al mismo tiempo al mundo y a Dios.

2:16. **Todo lo que hay en el mundo** puede resumirse en tres categorías que el apóstol menciona aquí. En conjunto, abarcan la totalidad de los atractivos de este sistema ajeno a Dios.

La primera es **los deseos de la carne**, es decir, toda actividad física ilícita que apela al corazón pecaminoso del ser humano. Se refiere a todo aquello que la carne desea intensamente, como el placer sexual ilícito o las drogas adictivas.

El segundo elemento del mundo es **los deseos de los ojos**, es decir, todo aquello que resulta visualmente atractivo pero no es correcto desear o poseer. El objeto ante *los ojos* puede ser una

persona o una cosa, pero el deseo de tenerlo es lo que en otros pasajes se denomina *avaricia*.

La vanagloria de la vida significa “la exhibición vana de la vida terrenal”. La palabra griega traducida como “vanagloria” es *alazoneia* (arrogancia, presunción o jactancia acerca de uno mismo, de sus posesiones o logros).

Es probable que los revisionistas sostuvieran que uno podía participar libremente en las actividades **del mundo**. Tal vez argumentaban que, puesto que Dios es su Creador, uno simplemente estaba usando lo que el Creador había hecho. Pero, aunque el mundo físico es “de Dios”, quien lo creó, *el mundo* como sistema moral **no proviene** de Él. *Todo lo que hay en el mundo* lleva la marca de la maldad (cf. 1:5).

2:17. El mundo también es transitorio: **el mundo pasa**. Cuando *el mundo* deje de existir como entidad moral y espiritualmente opuesta a Dios, también desaparecerán todas sus experiencias ilícitas. **Sus deseos** —es decir, la satisfacción pecaminosa que ofrece el mundo— son tan pasajeros como el sistema al que pertenecen.

Por el contrario, **el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre**. Hay una permanencia eterna en el carácter y en la actividad de tal persona. Dado que “la vida de permanencia” ya se ha mencionado (v. 6) y es un tema destacado en la epístola (véase el comentario a v. 28), probablemente se refiere a ese *tipo* de vida. El *que hace la voluntad de Dios* está inseparablemente unido a la semejanza con Cristo que ha alcanzado. Esa semejanza con Cristo puede dar confianza en el Tribunal de Cristo (4:17; cf. 1 Corintios 3:11-15; 2 Corintios 5:10).

2. Resistir a los anticristos (2:18–27)

2:18. No solo “el mundo pasa”, sino que, además, el apóstol y sus lectores están viviendo en **el último tiempo** (la RVA-2015 lo traduce como “la última hora”). Aunque *hora* puede referirse a una parte del día (por ejemplo, Juan 1:39; 4:6; 11:9), también se usa para hablar de un período de duración indeterminada (cf. Juan 2:4; 4:21, 23; 5:25, 28; 16:25; etc.). Aquí, *el último tiempo* es el período en el que la historia humana alcanzará su clímax con el surgimiento —y la derrota— del gran engaño final de Satanás.

Muchos intérpretes entienden el término **anticristo** como una referencia al “hombre de pecado”, quien se proclamará dios en el templo judío (2 Tesalonicenses 2:3-4) y gobernará el mundo (Apocalipsis 13:5-8). Pero los **muchos anticristos** mencionados en este versículo son, en esencia, los mismos que los “muchos falsos profetas” de 1 Juan 4:1. Estos maestros del error son precursores del último y gran engañador humano: *el Anticristo*.

2:19. Estos “muchos anticristos” habían sido parte de la misma comunión a la que pertenecían los propios apóstoles. La palabra **nosotros**, usada cinco veces en este versículo, contrasta claramente con el “vosotros” del siguiente versículo, que en griego es enfático. Aquí aparece por primera vez el contraste “nosotros”–“vosotros”–“ellos” (cf. 4:4-6).

Los anticristos *no* habían abandonado la iglesia o las iglesias a las que Juan escribe, pues de haberlo hecho, ya no representarían una amenaza. Por el contrario, al apóstol le preocupa la exposición que sus lectores tienen a estos individuos. Ellos se apartaron de la iglesia, lo cual indicaba que, en realidad, nunca “pertenecieron” a ella.

2:20. El término **unción** se refiere al Espíritu Santo, y probablemente no a la Palabra ni al Evangelio. En el Nuevo Testamento, la Palabra de Dios nunca se asocia directamente con la idea de unción; en cambio, sí se asocia con el Espíritu Santo.

Los destinatarios de esta epístola eran cristianos espiritualmente maduros (véanse los vv. 13–14), posiblemente el liderazgo espiritual (o los ancianos) de las iglesias a las que Juan dirige su carta. Si es así, la lectura pública de la carta en voz alta durante las reuniones reforzaba la autoridad espiritual de los líderes. Desde esta perspectiva, dado que los líderes **conocen todas las cosas**, los cristianos de estas iglesias no necesitan aprender nada de los revisionistas. Los mismos líderes son competentes para enseñar todo el cuerpo de la verdad cristiana.

2:21. Juan **no les ha escrito** porque desconozcan la verdad, al contrario, escribe precisamente porque **conocen la verdad**. Es evidente que Juan no escribe para *poner a prueba* si sus lectores son verdaderamente salvos o no. A la luz de los vv. 12–14, tal interpretación refleja una falta de atención a las propias afirmaciones de la epístola.

Además de conocer *la verdad*, los lectores de Juan también saben que **ninguna mentira procede de la verdad**. Juan no habría tolerado en absoluto a cristianos que elogian una idea falsa como “profunda” o “digna de diálogo”, por muy alejada que esté de **la verdad**.

2:22. La mentira que Juan tiene particularmente en mente es la negación de que **Jesús es el Cristo**. Para Juan, creer que **Jesús es el Cristo** es una fe *salvífica* (véase el comentario a 5:1; cf. Juan 20:30-31). Quien **niega** esta verdad es un **mentiroso** que subvierte el fundamento mismo sobre el cual uno puede ser salvo.

Creer que *Jesús es el Cristo* significa creer que Él es Aquel que garantiza vida eterna a todo creyente.

La mentira que Juan tiene en mente implica negar que los lectores tengan vida eterna (véase v. 25). Si **Jesús no es el Cristo**, entonces la seguridad de los lectores de poseer esa vida por la fe en Él sería solo un espejismo. Y si esa seguridad se desmoronaba, también lo haría su comunión con Dios. Negar que la fe en Cristo es el único medio para obtener la vida eterna equivale a negar también al **Padre**.

2:23. Jesús reflejó al Padre de forma tan perfecta que tanto sus palabras como sus obras eran las del Padre (cf. Juan 14:10-11). Negar al **Hijo** es, automáticamente, negar al **Padre** (cf. v. 22).

A la luz de 2 Juan 9 (véanse los comentarios allí), la afirmación de que quien niega al **Hijo, tampoco tiene al Padre**, significa que ni el **Hijo** ni el **Padre** respaldan las actividades de los falsos maestros.

2:24. Los lectores pueden triunfar sobre los agentes del maligno, los anticristos, permaneciendo en la Palabra de Dios que oyeron **desde el principio**. Como resultado, **permanecerán en el Hijo y en el Padre**. Como se ha visto antes (vv. 5-6, 14), la “vida de permanencia” es la vida del discípulo que guarda los mandamientos del Señor y se caracteriza por el amor a los hermanos.

2:25. Los anticristos niegan “que Jesús es el Cristo” (v. 22). Pero solo al *creer* que Jesús es el Cristo se puede obtener vida eterna (5:1; Juan 20:30-31). Dios promete **vida eterna** a todo aquel que cree que Jesús es el Cristo. El pronombre **él** podría referirse tanto a Dios como a Cristo mismo.

2:26. Los revisionistas traían consigo una doctrina de salvación distinta de la que los lectores habían **oído desde el principio** (v. 24). Negaban que Jesús fuera el Cristo (v. 22), y al parecer también

rechazaban que la vida eterna estuviera disponible únicamente por medio de Él (a la luz del v. 25). Incluso es posible que afirmaran tener una relación especial con “el Padre”, afirmación que Juan rechaza (vv. 22–23).

2:27. Este versículo es el punto culminante de la sección sobre el propósito de la epístola. Los lectores están plenamente capacitados en la verdad y solo necesitan aferrarse a lo que ya saben para gozar de todos los beneficios de la “vida de permanencia”.

La **unción que [ellos] recibieron de él** indica que los lectores son los “ungidos” mediante el Espíritu que vino a ellos de parte de Jesús, el “Ungido” (cf. v. 20). Esa *unción* les enseña a rechazar la mentira de los revisionistas acerca del “Ungido”.

Como resultado de esta unción, **no tienen necesidad de que nadie les enseñe**, lo cual es señal de madurez (véase Hebreos 5:12). Esta madurez ya se ha dado a entender en otros pasajes de esta sección (cf. 1 Juan 2:13b-14, 20).

Las dos afirmaciones paralelas —**así como [ella] os enseña todas las cosas y según ella os ha enseñado**— indican que el ministerio continuo de enseñanza del Espíritu Santo siempre es coherente con lo que el Espíritu *ya* ha enseñado. Es decir, todo lo que el Espíritu haya enseñado anteriormente no será anulado ni contradicho por nada de lo que siga enseñando. Cualquier “revisión” que enseñaran los anticristos podía ser rechazada como no proveniente del Espíritu Santo si contradecía lo que el Espíritu ya había enseñado.

IV. Cuerpo: La vida que lleva a la confianza ante el tribunal de Cristo (2:28–4:19)

A. El versículo temático: Permanece para tener confianza (2:28)

2:28. Este versículo presenta la declaración temática del contenido que sigue en 2:29–4:19. A medida que los lectores permiten que la verdad “permanezca” en ellos, también podrán “permanecer” en el Hijo y en el Padre (vv. 24–27).

Juan habla de la venida de Jesucristo y de la necesidad de estar preparados para presentarse ante Él con **confianza**, y no **avergonzados**. Aunque los lectores claramente son salvos (cf. los

comentarios a los vv. 12–14), aún es posible que sientan vergüenza en la presencia de Cristo, especialmente en su tribunal. Aunque la salvación es un don gratuito que no se puede perder, cada creyente deberá rendir cuentas de su vida cristiana ante la presencia de Cristo (cf. Romanos 14:10–12; 1 Corintios 3:11–15), “sea bueno o sea malo” (2 Corintios 5:10).

En lugar de vergüenza, el autor sugiere que sus lectores pueden tener **confianza** ante Él **en su venida**. Todo el cuerpo de la epístola explica cómo puede obtenerse esta *confianza*.

B. Aprendiendo a reconocer a los hijos de Dios (2:29-3:10a)

2:29. Es posible que los revisionistas sostuvieran que la naturaleza de Dios incluye tanto la luz *como* las tinieblas (cf. 1:5). Desde esta perspectiva, Dios, por su misma naturaleza, tendría experiencia tanto con el bien como con el mal. Una clara deducción de esto sería que sus hijos también podrían hacer lo mismo. En contraste, dado que Dios **es justo**, [entonces] **todo el que hace justicia es nacido de él**. Esta es la primera vez que la epístola menciona el nuevo nacimiento. Una persona nacida de nuevo puede ser reconocida como tal si manifiesta *justicia* cristiana. Los “mandamientos” de Cristo (cf. el plural en 3:22) pueden resumirse en un solo mandamiento: “Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado” (3:23). La verdadera *justicia* no es posible aparte de la fe en Cristo y del amor hacia los demás creyentes.

Juan no está hablando aquí de cómo determinar si una persona ha nacido de nuevo. Más bien, se enfoca claramente en la deducción que uno puede hacer si sabe que Dios es justo. Si *eso* se reconoce, entonces es razonable concluir que quien reproduce su naturaleza *justa*, en efecto, está *manifestando* esa naturaleza y puede ser reconocido con razón como *nacido de Él*.

3:1. La mención del nuevo nacimiento (2:29) lleva a Juan a una exclamación de asombro. La palabra griega traducida como **cuál** (*potapos*) a veces transmite intensidad (“¡cuán grande!” o “¡cuán maravilloso!”). ¡Cuán verdaderamente magnífico es el **amor** del **Padre**, que hace a los creyentes **hijos** suyos!

La visibilidad del *amor* de Dios en la iglesia es un tema clave en 2:29–4:19. Es evidente que debe haber algo *visible* que ver. Como

lo ha mostrado el v. 29, la práctica de la justicia cristiana hace que el hijo de Dios sea *visible*. Cuando se ve a un hijo de Dios actuando con justicia cristiana, el *amor* de Dios hacia él también se hace visible.

Esta percepción del hijo de Dios no está al alcance del **mundo**, que es tan ignorante de los creyentes como lo fue de **Él**, el Señor Jesús. Por tanto, la “contemplación” (**Mirad**) que el apóstol alienta aquí es una experiencia exclusivamente cristiana.

3:2. La palabra **Amados** retoma la idea del versículo anterior: los cristianos son objeto del amor del Padre, quien los considera sus **hijos**. Esto es verdad **ahora** (enfático). Pero aunque este hecho fundamental es cierto *ahora*, **aún no se ha manifestado** lo que los creyentes **han de ser** cuando sean transformados a la semejanza del Salvador.

La palabra que se traduce dos veces como **manifestado** y **manifieste**, respectivamente, es la misma que se usa en 2:28 para “se manifieste” (*phanerōthē*). Cuando Cristo “se manifieste”, lo que los creyentes serán también “se manifestará”. Puesto que **seremos semejantes a él** entonces, los creyentes no quieren “alejarse de Él avergonzados” ahora (cf. 4:17–19).

La razón por la que *seremos semejantes a Él* en su venida es que **le veremos tal como él es**. Ver a Jesús en su gloria será, por sí mismo, algo transformador para cada hijo de Dios. Esto concuerda con la enseñanza de Pablo, quien afirma que incluso ahora su transformación espiritual ocurre al contemplar su gloria en las Escrituras (2 Corintios 3:18). Los cristianos tienen una expectativa maravillosa para el futuro —la gloriosa visión transformadora de su Salvador—, y esto debería impulsarlos hacia una vida semejante a Cristo en el presente. Debería motivarlos a “permanecer en Él” (2:28).

3:3. La maravillosa verdad de que un día serán completamente semejantes a su Señor Jesús, tanto física como espiritualmente, es una **esperanza** que **purifica** al creyente.

El nacido de nuevo no peca *en absoluto* porque tiene en él la simiente sin pecado de la naturaleza de Dios, y *no puede* pecar (véase v. 9). En lo más profundo de su ser redimido, el creyente es tan *puro* como su Salvador. Esa pureza será plenamente visible en la venida del Señor (v. 2), pero ya le pertenece ahora, en lo más íntimo de su ser.

Así, la frase **todo aquel que tiene esta esperanza en él** equivale a la expresión de Juan: “el que cree en Él [en Su nombre, etc.]”. Cuando una persona cree en Cristo, Dios le imputa justicia. Aquí también, una persona **se purifica a sí misma**, no por algún poder intrínseco en su fe, sino porque el ejercicio de esta fe es la base sobre la cual Dios lo limpia interiormente.

3:4. El **pecado** es lo opuesto a la pureza que pertenece a Cristo y a todos los que tienen la esperanza de ser semejantes a Él. La **infracción de la ley** (*anomia*) podría traducirse mejor como “maldad” o “iniquidad”. Cometer pecado no expresa ni manifiesta en absoluto la pureza de la que habló Juan en el v. 3.

3:5. Para aquellos que se han purificado interiormente mediante el nuevo nacimiento (cf. v. 3), el pecado no solo es inapropiado por ser algo malo (v. 4), sino también porque contrasta con la persona y la obra de Cristo. Aunque todo cristiano peca (1:8), el pecado no tiene lugar en la vida de un cristiano (cf. Romanos 6:1-4). No debe tolerarse, y mucho menos aprobarse de ninguna manera (cf. 1 Juan 2:1).

El propósito de la primera venida de Jesús fue **quitar nuestros pecados**. A causa de su muerte sacrificial, el pecado del mundo será finalmente eliminado de la experiencia humana. Nadie en el reino eterno de Dios (después de la rebelión final durante el milenio; Apocalipsis 20:7-10) volverá a pecar jamás. Las afirmaciones del v. 2 ya han hecho referencia a este clímax.

El rechazo del pecado, por tanto, debe basarse no solo en su carácter inicuo, sino también en la comprensión de que el objetivo del Salvador es eliminarlo por completo de la vida de los creyentes. Su propia pureza personal (v. 3) ofrece un incentivo para rechazar el pecado en todas sus formas. Porque Él está totalmente libre de pecado: **no hay pecado en él**. La obra sacrificial de Cristo, junto con su santidad personal y absoluta, hacen que el pecado sea completamente inapropiado para el creyente.

3:6. Dado que no hay pecado en Cristo, el creyente que **permanece en él, no peca** (cf. 2:28). Se han hecho muchos esfuerzos, tanto aquí como en el v. 9, por suavizar esta afirmación. Una manera popular ha sido entender el tiempo presente (*no peca*) como “no *continúa* pecando”. Otra interpretación común es que Juan está hablando de un ideal que no se alcanza plenamente en la experiencia presente.

En contra de ambas posturas está la afirmación del v. 5: “y no hay pecado en él”. Así pues, ¿quien *permanece* en Aquel en quien no hay pecado no puede ser considerado “un poco” pecador! Si en Cristo “no hay pecado” en absoluto, entonces no puede introducirse ni el más mínimo pecado en una experiencia que se afirma específicamente que es *en Él*. No reconocer la conexión lógica entre los vv. 5 y 6 es la razón por la que el v. 6 ha sido malinterpretado. Como resultado, este malentendido también afecta la interpretación del v. 9.

1 Juan 1:8 deja claro que ningún cristiano puede afirmar estar completamente libre de pecado a nivel experiencial durante esta vida. Sin embargo, al mismo tiempo, la experiencia de “permanecer en Él” es una experiencia sin pecado. Un área de obediencia no queda “contaminada” por la presencia de pecado en otras áreas. Si una persona obedece el mandamiento de amar a su hermano, esa obediencia no está manchada ante los ojos de Dios por otro tipo de falla en su vida, como la falta de vigilancia en la oración (cf. Efesios 6:18).

Cuando un creyente camina en comunión con Dios, Él es capaz de ver más allá de todos sus fracasos y pecados, y reconocer la obediencia genuina que sí está presente. En 1:7, Juan explica que, incluso mientras caminamos en la luz, somos limpiados continuamente gracias a la sangre de Cristo. A medida que el creyente camina en la luz y hace lo que Dios manda, Él lo ve como alguien totalmente limpio, sin ningún cargo de injusticia.

Así, cuando un creyente *permanece en Él*, lo que Dios toma en cuenta y reconoce es la *obediencia* positiva. El pecado que aún subsiste no procede *en absoluto* de la vida de permanencia, y ese pecado es limpiado conforme a lo dicho en 1:7. Por tanto, la experiencia de “permanecer” equivale a la obediencia.

Dado que el pecado no forma parte de la experiencia de permanencia en Él, se deduce que **todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido**.

Es un error interpretar el tiempo presente del verbo *pecar* como si significara “seguir pecando” (véase v. 9). El hilo argumental apunta a una antítesis entre el pecado y Cristo, entre el pecado y el permanecer en Él. Cualquier intento de justificar “un poco de pecado” o “un pecado ocasional” en las afirmaciones de Juan anula por completo el contraste que el apóstol está estableciendo. Puesto

que incluso los creyentes pecan (1:8), la intención de la afirmación es estigmatizar todo pecado como producto no solo de la falta de permanencia en Él, sino también de la ceguera hacia Dios.

Todo pecado, de algún modo, es engañoso (Hebreos 3:13) y brota de un corazón oscurecido respecto a Dios. No reconocer que la afirmación de Juan se aplica a *todo* pecado es no comprender en absoluto su argumento. Si los revisionistas racionalizaban el pecado, estaban equivocados. Las personas pecan cuando, de algún modo, están ciegas y desconocen al Dios verdadero.

3:7. La sencillez de mente y espíritu suele ser la mejor defensa del cristiano contra las herejías que pretenden ofrecer un conocimiento más “profundo”. Es evidente que en el pasaje anterior —especialmente en los vv. 4 al 6—, Juan tenía en mente a los revisionistas. Los lectores no deben permitir que estos anticristos los **engañen**. Probablemente algunos creyentes pensaban que podían pecar y, aun así, afirmar que estaban en comunión con Dios.

Para no ser engañados, los lectores deben tener presente el simple hecho de que **el que hace justicia es justo, como él es justo**. El punto de Juan es que la *justicia* —y no el pecado— es la evidencia de que una persona goza de una perfecta posición interior de justicia ante Dios (véase 2:29).

Solo la *justicia* proviene de la naturaleza interior de alguien que ya es *justo*, así como Dios *es justo*, porque “Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él” (1:5). Cuando un creyente peca, eso no es una manifestación de la justicia divina.

3:8. Si los creyentes son justos, y el pecado no es una manifestación de esa justicia, entonces el pecado que cometen todos los creyentes (1:8) es **del diablo**; es decir, tiene su origen en él. Los intérpretes que entienden esta declaración como si afirmara que un cristiano profesante no es salvo no han comprendido el argumento, ya que el mismo Juan reconoce que los cristianos pecan (véase 1 Juan 1:7–10). Si **el que practica el pecado** no fuera salvo, ¡entonces *nadie* lo sería!

Juan afirma que **el diablo peca desde el principio**; es decir, él es la fuente de todo pecado, y su trayectoria pecaminosa se extiende *desde el principio*. (Aquí, *el principio* no se refiere a la eternidad pasada —ya que el diablo es un ser creado y no eterno—, sino al estado original de la creación, cuando Satanás introdujo el pecado; véanse Isaías 14:12-15 y Ezequiel 28:11-15). Ser *del diablo*

significa “estar haciendo la obra del diablo” (cf. las palabras de Jesús a Pedro en Mateo 16:23).

Además, participar en el pecado es participar en aquello mismo que Jesús vino a destruir, porque **apareció el Hijo de Dios** con el propósito de **deshacer las obras del diablo** (cf. v. 5: “apareció para quitar nuestros pecados”).

3:9. La persona que **es nacido de Dios** tiene la **simiente** de Dios en su interior, y por tanto no puede pecar (**no practica pecado**) en virtud de su nacimiento de **Dios**.

Naturalmente, muchos se han preguntado cómo puede armonizarse esta afirmación con la realidad, ya que los cristianos *sí* pecan, como el mismo Juan reconoce (1:8). Pero la respuesta está muy cerca. En 1:8, Juan advierte: “Si *decimos* que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos”. Pero en 3:9 afirma: “*todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado*”. Como personas completas, los creyentes *sí* pecan y nunca pueden afirmar estar libres de pecado; sin embargo, su “hombre interior” regenerado no peca.

Al describir su lucha con el pecado, Pablo señala que hay dos impulsos distintos en acción. Así que puede decir: “Porque según el *hombre interior*, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros” (Romanos 7:22-23). Antes de esto, había concluido: “Y si hago lo que no quiero, *ya no lo hago yo*, sino el pecado que mora en mí” (v. 20; cursiva añadida). Su conclusión es clara: “Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado” (v. 25). En lo más profundo de su ser —en su *hombre interior*— no peca ni puede pecar. El hombre interior (el “yo regenerado”) es totalmente impermeable al pecado y completamente esclavo de la voluntad de Dios. Si ocurre pecado, no es el hombre interior quien lo comete.

El pecado *sí* está presente en el cristiano, pero es algo ajeno y externo a su yo interior regenerado, donde Cristo mora en perfecta santidad. Como Cristo *es* la vida eterna (1 Juan 5:20), quien posee esa vida *no puede pecar, porque es nacido de Dios*. La simiente divina (*sperma*) de esa vida *permanece* (*menō*, “permanece”, “se queda”) *en aquel* que ha nacido de nuevo, lo que hace que el pecado sea una imposibilidad a nivel de su ser interior regenerado. Esta

comprensión de 3:9 se desarrolla de forma natural a partir de 2:29–3:8. Los contrastes absolutos son una característica habitual del discurso joánico. Los más prominentes son las antítesis luz/tinieblas y muerte/vida. Pero a estas debe añadirse también la polaridad pecado/justicia, que ocupa un lugar destacado en esta sección.

Durante varias décadas, fue popular la idea de que la clave para entender 3:9 reside en el tiempo presente del verbo *pecar*. Según esta interpretación, el versículo debería leerse así: “Todo aquel que ha nacido de Dios *no continúa pecando*, porque su simiente permanece en él, y no puede *seguir pecando*, porque ha nacido de Dios”. Desde esta perspectiva, una continuación prolongada en el pecado no ocurre si uno ha nacido de nuevo.

Sin embargo, esta propuesta plantea más preguntas que respuestas. ¿Acaso no todos los cristianos *continúan pecando* hasta el día de su muerte? Además, ¿no pecan todos los cristianos *a diario*? ¿Cómo puede alguien afirmar que *no* sigue pecando? ¿Acaso la persona nacida de nuevo llega a un punto en el que deja de pecar por completo? Esta traducción propuesta no resuelve el problema.

La persona regenerada solo puede manifestarse mediante la justicia (cf. 2:29) y nunca puede hacerlo a través del pecado, porque *no puede pecar*.

3:10a. La Reina-Valera 1960 entiende esta declaración como una referencia a lo que sigue (nótese los dos puntos en su traducción). Sin embargo, es preferible considerar la segunda mitad del versículo como el inicio de una nueva unidad.

En este contexto, las palabras **En esto** se refieren a lo anterior, no a lo que sigue. El uso de la expresión **se manifiestan** en el v. 10a vincula esta declaración con lo que ha precedido en 2:29–3:9. **Los hijos de Dios... se manifiestan** al hacer justicia. Esto no debe entenderse como una prueba de salvación. La única prueba de salvación de Juan es la fe (cf. 5:1 y 5:9-13). Más bien, se trata simplemente de una afirmación sobre *cómo* se manifiestan los hijos de Dios.

Quienes ven 1 Juan como un manual para determinar quién es salvo y quién no, están haciendo un uso profundamente erróneo del libro. Juan está desarrollando el tema declarado en 2:28: que la confianza ante el Señor es para quienes permanecen en Él. Al permanecer en Él, los creyentes pueden —y efectivamente lo

hacen— manifestarse como hijos de Dios. Pero quienes no permanecen, no se manifiestan así. La realidad de su hombre interior regenerado permanece oculta.

El mismo principio se aplica a **los hijos del diablo**. No hay razón de peso para entender esta expresión como una referencia a los no salvos en general (véase v. 8). El término *hijos del diablo* es de naturaleza descriptiva. A la luz de 2 Juan 9 (véase la discusión allí), un cristiano que se ha desviado de la sana doctrina sobre la persona y la obra de Jesucristo y que se opone con vehemencia a la verdad, podría ser descrito así. Esto no resulta más sorprendente que el hecho de que Jesús llamara “Satanás” a su propio discípulo Pedro (Mateo 16:23). Un “hijo del diablo” es cualquiera que hace la obra del diablo al oponerse a la verdad.

C. Aprendiendo a ver el amor cristiano (3:10b-23)

1. Lo que no es el amor (3:10b-15)

3:10b. Aquí Juan afirma que lo que es cierto de **todo aquel que no hace justicia**, también lo es de quien **no ama a su hermano**. En ambos casos, la persona **no es de Dios**, en el sentido de que Dios no está detrás de sus acciones.

Como sucede con la expresión *del diablo* en el v. 8, es un error interpretar la frase **no es de Dios** (*ek tou theou*) como si significara “no es nacido de Dios”. La traducción de la NVI, “el que no practica la justicia no es hijo de Dios”, es una paráfrasis del texto y, a la vez, una mala interpretación. Este texto no dice nada acerca de no ser hijo de Dios. ¿Cómo podría decirlo? Uno *debe ser* hijo de Dios antes de poder odiar a *su hermano*. Una persona no salva no tiene un *hermano cristiano* al que pueda odiar (cf. 2:9).

Además, Juan pasa de un tema más amplio a uno más específico. La expresión *todo aquel que no hace justicia* puede referirse a *cualquiera* que carezca de conducta justa, ya sea salvo o no. Pero las palabras *el que no ama a su hermano* introducen un tipo particular de justicia que solo un cristiano puede manifestar o no lograr manifestar.

3:11. No amar al hermano es, ni más ni menos, una infracción del mandato del Salvador: *que os améis unos a otros* (Juan 13:34). El mandato original fue pronunciado por Jesús *solo después* de que

Judas saliera del aposento alto (Juan 13:30). Este mandato no tenía aplicación para Judas, quien no era hijo de Dios.

Así que el nuevo tema en esta unidad de la epístola (3:10a-23) tiene que ver con un mandato dado exclusivamente a los creyentes y que solo puede ser cumplido —o no cumplido— por alguien que ha nacido de nuevo. Este **mensaje** sobre el amor les había sido comunicado **desde el principio** de su experiencia cristiana (cf. 2:7).

3:12. El ejemplo clásico del odio entre hermanos es el caso de **Caín** y Abel (Génesis 4:1-15). **Caín era del maligno**, en el sentido de que lo que hizo provino de una influencia satánica, no de algo relacionado con Dios (cf. 1 Juan 3:8, 10b). Como dijo Jesús, Satanás “ha sido homicida desde el principio” (Juan 8:44). Si Caín fue regenerado o no es una cuestión que no puede responderse con la información bíblica disponible. Sin embargo, Juan utiliza la relación física entre Caín y Abel como una ilustración de la relación espiritual entre hermanos cristianos. Así como es posible que un hermano asesine a su hermano biológico, también es posible que un cristiano asesine a otro. Un crimen tan atroz como el *homicidio* no es considerado en el Nuevo Testamento como algo imposible de cometer por un cristiano (cf. 1 Pedro 4:15). Si un cristiano llegara a ser culpable de homicidio, la influencia del *maligno* estaría detrás de ello.

Las siguientes palabras del apóstol son reveladoras: **¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas.** Así, una envidia espiritual condujo al primer homicidio en la historia humana. Siempre que los cristianos sienten culpa por una conducta contraria a la voluntad de Dios, les resulta fácil experimentar odio hacia aquellos de quienes saben que gozan de la aprobación de Dios.

3:13. Muchos ven el v. 13 como una explicación de los vv. 11 y 12, y tienden a ver a Caín como un ejemplo de lo que puede esperarse del mundo, pero no como algo posible en un hermano cristiano. Sin embargo, el contexto más amplio revela que la intención de Juan es contrastar el amor fraternal con el odio del mundo, mostrando que, en ocasiones, incluso los hermanos pueden comportarse como el mundo.

Aunque el odio entre hermanos es completamente incompatible con el mandamiento de Jesús de “amarse unos a otros” y, por lo tanto, no debería ser una experiencia esperada, no ocurre lo mismo

con el **mundo**. El odio del mundo, como enseñó Jesús, *sí* debe esperarse (Juan 15:18-19). Mientras que los lectores bien podrían **extrañarse** del odio proveniente de un hermano, el odio del mundo debe ser anticipado.

3:14. El enfático **nosotros**, sin duda, se refiere a los propios apóstoles. En contraste con “el mundo”, los apóstoles aman a sus hermanos cristianos.

De hecho, Juan declara: **Nosotros** [los apóstoles] **sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos**. Esto es más que una simple afirmación de que *aman* a sus hermanos cristianos; también es una declaración sobre una cierta calidad de experiencia. Los apóstoles son capaces de reconocer su experiencia de *amor* como una experiencia de *vida* en lugar de *muerte*.

La expresión *pasado de muerte a vida* no significa que los apóstoles estuvieran seguros de su salvación eterna *porque* amaban a *los hermanos*. No hay razón para considerar que esto sea cierto, ni para ellos ni para ningún otro cristiano. La seguridad de la salvación se basa en el testimonio de Dios (véase 5:9-13). En cambio, haciendo un uso perfectamente normal de la palabra *sabemos*, Juan declara que él y sus compañeros apóstoles *experimentan* su paso *de muerte a vida* mediante el amor hacia sus hermanos cristianos.

La implicación es que el paso *de muerte a vida*, que ocurre en el momento de la salvación (Juan 5:24), puede conocerse y apreciarse de forma experiencial a través del *amor* cristiano.

En contraste, **el que no ama a su hermano, permanece en muerte**. Es imposible que un cristiano que no ama a su hermano tenga el conocimiento inmediato y experiencial de la *vida* al que acaba de referirse Juan. Por el contrario, tal persona permanece — es decir, “habita”— **en muerte**. Si el amor es una experiencia de “vida”, entonces el odio hacia un hermano cristiano es una experiencia de *muerte* (cf. Romanos 7:9-10).

Por lo tanto, no hay una objeción razonable al concepto de que un cristiano “permanece” *en muerte* en el sentido de haber perdido el contacto con la experiencia de la vida de Dios. En marcado contraste con 2:9-11; 3:10, 12, en la expresión *su hermano* no aparece en griego el pronombre posesivo *su*. Esto significa que la declaración del v. 14 puede aplicarse no solo a cristianos que odian a un *hermano* cristiano en particular, sino también a cualquiera que odie a ese *hermano*. No importa quién sea el que odia: el odio por

parte de un cristiano es una experiencia que pertenece al ámbito de la *muerte*.

3:15. El odio hacia un **hermano** también constituye una experiencia de homicidio. La persona que **aborrece** a su *hermano* cristiano no es diferente de Caín (cf. v. 12), aunque no lleve a cabo el acto explícito de matar físicamente a su *hermano*. El espíritu del odio implica el deseo de “deshacerse” del otro y, en realidad, a esa persona no le importaría si su hermano muriera.

Juan no dice —como lo parafrasea la NTV—: “Ningún asesino *tiene* la vida eterna en él”. La Reina-Valera 2015 traduce mejor el griego como: **ningún homicida tiene vida eterna permaneciendo en él**. La clave está en el concepto de “permanecer”. Además, el pensamiento de Juan respecto a *permanecer* implica siempre una relación recíproca, como dijo Jesús: “Permaneced en mí, y yo en vosotros” (Juan 15:4; cf. también 2:27). Puesto que Cristo mismo *es* la vida eterna (cf. 5:20), decir que alguien no tiene *la vida eterna permaneciendo en él* equivale a decir que no tiene a Cristo *permaneciendo en él*.

2. Qué es el amor (3:16-18)

3:16. El amor cristiano puede reconocerse por su conformidad con el modelo supremo: la muerte de Cristo **por nosotros**. Aunque Cristo murió por todo el mundo (2:2), cuando un creyente reflexiona sobre su propia obligación de amar, debe centrarse en el hecho de que Cristo murió por él. Como beneficiarios directos de ese gran sacrificio, los creyentes deben estar dispuestos a hacer un sacrificio similar **por** sus **hermanos**.

Las palabras **hemos conocido** están en tiempo perfecto, lo cual indica una realidad que proviene de un evento o acción pasada. Una vez que un cristiano ha comprendido el amor de Cristo hacia él, alcanza un conocimiento definitivo de lo que significa el *amor* cristiano.

3:17. A veces es más fácil profesar disposición a morir por un hermano que ayudarlo cuando atraviesa una **necesidad** concreta. Por ello, Juan desea poner a prueba la autenticidad del amor de un cristiano por su hermano mediante un ejemplo más realista que una oportunidad de morir por él.

En el v. 16, la palabra griega para “vida” es *psychē*. En el v. 17, Juan emplea otra palabra griega para “vida” (*bios*, la vida en sus aspectos terrenales y/o materiales), de ahí la traducción **bienes**. ¡Casi se podría traducir: **Pero el que tiene la vida de este mundo!** La idea es que compartir con otros cristianos los recursos materiales que *sustentan* la vida es, en esencia, una forma de entregar la vida por ellos.

Si en lugar de hacer esto, un cristiano **cierra su corazón** ante un hermano necesitado, esto refleja su verdadera relación con Dios.

El cristiano que actúa con tan poca compasión no está teniendo una experiencia vital del *amor* de Dios. La pregunta retórica de Juan —**¿cómo mora el amor de Dios en él?**— implica, sencillamente, que el *amor* de Dios no *permanece en él*. Un cristiano sin compasión no anda como lo hizo su Maestro (cf. 2:6) y, por tanto, no está viviendo la vida de permanencia.

3:18. Los lectores no deben pensar que han expresado amor si esa expresión es meramente verbal (**de palabra**), limitada al uso de la **lengua**. El verdadero amor exige acción (**de hecho**) y conformidad con la **verdad**. Con expresión *en verdad*, Juan indica que el amor hacia otros cristianos debe conformarse a la manifestación del amor en Cristo (cf. v. 16).

3. Lo que el amor hace por los creyentes (3:19-23)

3:19. El tema aquí no es la seguridad de la salvación, sino si uno participa en la verdad en lo que respecta al amor cristiano. El creyente en Cristo puede preguntarse fácilmente: “¿Puedo amar como *Él* amó? ¿Realmente estoy haciendo *eso*?”.

La expresión **de la verdad** remite a la exhortación del v. 18, donde afirma que los creyentes deben amar “de hecho y *en verdad*”. Las palabras introductorias **Y en esto** hacen referencia directa al v. 18, y son, en esencia, equivalentes a decir: “Y al hacer esto” (es decir, al amar de hecho y en verdad). Cuando los creyentes manifiestan su amor mediante hechos que reflejan *la verdad* acerca del amor revelado en Cristo, pueden *saber* que son *de la verdad*.

Si el cristiano duda de su capacidad para expresar amor cristiano a sus hermanos, en esencia está dudando de si puede relacionarse o participar de *la verdad* revelada en Cristo respecto a ese tipo de amor. Puede sentirse culpable por errores pasados o abrumado por

un fuerte sentimiento de ineptitud. Sin embargo, al actuar con amor, como se indica en el v. 18, puede estar seguro de que, a través de tales acciones, *participa* de la verdad; en otras palabras, que es *de la verdad*. Otra forma de decirlo es que, al amar de esa manera, puede tener la certeza de que sus acciones *tienen su origen en la verdad*.

Las palabras que siguen —y **aseguraremos nuestros corazones delante de él**— se comprenden mejor si se leen en conexión con el versículo siguiente.

3:20. La Reina-Valera 1960 interpreta erróneamente este versículo como una oración independiente, ya que omite la repetición de la palabra griega inicial *hoti* (“que”). Sin embargo, *hoti* aparece nuevamente en el texto griego antes de la cláusula que, en español, se traduce como: “mayor que nuestro corazón es Dios”, pero esta repetición no se refleja en la traducción de la RVR-1960. La traducción más adecuada debería conectar este versículo con la cláusula final del v. 19 y leerse así: “y aseguraremos [o, persuadiremos; *peisomai*] nuestros corazones delante de Él, de que [*hoti*] si nuestro corazón nos reprende, que [*hoti*] mayor que nuestro corazón es Dios, y Él sabe todas las cosas”. Al actuar con obras de amor (“en esto”, v. 19), los creyentes no solo pueden saber que son “de la verdad”, sino que también pueden aquietar su corazón cuando este los condena.

Cuando los creyentes aman “de hecho y en verdad”, deben *asegurar* [*persuadir*] sus corazones de que Dios es *mayor que* sus corazones, en el sentido de que Él conoce perfectamente bien el amor que han expresado por medio de sus acciones.

Cuando los creyentes se acercan al trono de la gracia de Dios en oración, deben confiar en que Dios sabe (¡aunque *su corazón* no lo sepa!) lo que realmente han *hecho* en amor.

3:21. Cuando los creyentes se presentan ante Dios, es posible que su corazón **no los reprenda** por no haber manifestado amor cristiano. Esto puede deberse a que su corazón acepta con facilidad que Dios toma en cuenta su amor expresado “de hecho y en verdad” (cf. v. 18), o porque han logrado “persuadir” a su corazón para que así lo haga (v. 19). En cualquier caso, el resultado es **confianza en Dios**.

La palabra griega traducida como *confianza* (*parrēsia*) es la misma que aparece en 2:28: “para que cuando se manifieste, tengamos *confianza*”. Es evidente que, si los creyentes no tienen

confianza ante Dios cuando se arrodillan *en oración* (cf. v. 22), mucho menos la tendrán *cuando Él se manifieste*.

3:22. Como indican las enfáticas palabras “delante de Él” en v. 19, en este contexto inmediato, Juan piensa en la “confianza” *en la oración* (tema al que volverá en 5:14-17). El resultado de tener “confianza” delante de Dios en la oración es, por supuesto, la oración respondida. Así, **cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él**. Hay dos razones para este tipo de respuesta a la oración: **porque** (1) **guardamos sus mandamientos**, y (2) [nosotros] **hacemos las cosas que son agradables delante de Él**.

Además, el cristiano que busca activamente agradar a Dios no *pedirá* cosas que no sean *agradables delante de Él*. Cuando la oración proviene del corazón de alguien cuya vida gira en torno a la voluntad de Dios, *cualquier cosa* que pida a Dios la recibirá *de Él*, porque está pidiendo “conforme a su voluntad” (5:14).

3:23. Juan concluye esta subunidad (vv. 19-23), así como la subsección más amplia (3:10b-23), con un resumen de lo que significa “guardar sus mandamientos y hacer las cosas que son agradables delante de Él” (v. 22). Esta idea se confirma en el paso claro del plural “mandamientos” (v. 22) al singular **mandamiento**. La oración respondida (cf. v. 22) se basa fundamentalmente en la obediencia a este *mandamiento*.

Este *mandamiento* tiene dos aspectos. El primero es que **creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo**. Juan une la fe y el amor en un solo mandamiento dirigido a los cristianos. La fe en *el nombre de su Hijo Jesucristo* imparte vida a todos los creyentes y los lleva a reconocer a los demás creyentes como sus hermanos o hermanas. Esta relación aporta el objeto adecuado de su amor cuando se nos dice que **nos amemos unos a otros**. Creer *en el nombre* del Hijo de Dios es requisito previo y un componente esencial del amor entre *unos y otros*.

Las palabras finales del versículo, **como nos ha mandado**, se refieren a Jesús, de quien proviene directamente el mandamiento de que nos amemos unos a otros (Juan 13:34). El versículo debería leerse así: *que creamos en el nombre de su [de Dios] Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como Él [su Hijo] nos lo ha mandado*. Por tanto, la voluntad de Dios puede resumirse así: fe *en el nombre de su Hijo* y obediencia *al mandamiento de su Hijo*.

D. Aprendiendo a ver al Dios de amor (3:24–4:16)

1. Afirmación de la morada de Dios (3:24)

3:24. El **que guarda sus mandamientos, permanece en Dios**, y **Dios** también permanece **en él** (es decir, el creyente obediente). El creyente obediente tiene a Dios haciendo “su morada” con él (cf. Juan 14:23). Esa experiencia con Dios es la forma suprema de *comuni3n* con Él, y Juan afirma desde el comienzo de su ep3stola que este es precisamente su prop3sito (cf. 1:3).

Aunque el **Esp3ritu** ya ha sido mencionado anteriormente con la designaci3n de “la unci3n”, ahora se le nombra directamente. Si Dios realmente **permanece en nosotros**, esto se evidencia **por el Esp3ritu que nos ha dado**.

2. Reconocimiento del Esp3ritu de Dios (4:1-6)

4:1. Satan3s cuenta con muchos **esp3ritus** que le sirven, como lo demuestra el hecho de que **muchos falsos profetas han salido por el mundo**.

En los vv. 1-2, Juan parece aprovechar el sentido amplio y fluido del t3rmino **esp3ritu**. Esta palabra puede referirse a un esp3ritu humano, a esp3ritus sobrenaturales como los demonios o a una actitud o disposici3n. Juan no busca ser espec3fico; m3s bien, advierte contra *todo* esp3ritu maligno de Satan3s, *todo* esp3ritu humano que se convierte en su agente, as3 como *toda* manifestaci3n del “esp3ritu de error” (cf. v. 6) que caracteriza la doctrina sat3nica.

A los *falsos profetas* se les debe poner a prueba “por sus frutos” (cf. Mateo 7:16-20). A diferencia de la interpretaci3n com3n, esto *no* significa que deban ser evaluados por sus *obras*. Como indica Mateo 12:33-37, ¡sus frutos son sus *palabras*! Pueden *parecer* ovejas, pero en realidad son “lobos rapaces” (Mateo 7:15). Su *comportamiento* no los distingue de las ovejas, ¡pero su *mensaje* s3 lo hace!

4:2. La prueba que se puede aplicar a **todo esp3ritu** es su disposici3n —o falta de ella (cf. v. 3)— para confesar a **Jesucristo** encarnado. La expresi3n **en esto conoced** se refiere a lo dicho anteriormente y significa: “As3 es como —es decir, al probar los esp3ritus— conoc3is el Esp3ritu de Dios”. Por ello, debe colocarse

un punto, no dos puntos, tras esta afirmación, iniciando una nueva oración con las palabras *Todo espíritu*.

Según esta interpretación, los vv. 2b-3 presentan la prueba que debe utilizarse para reconocer al Espíritu de Dios. Los vv. 1–2a insisten en que solo aquellos dispuestos a poner a *prueba* a los espíritus podrán reconocer al *Espíritu* de Dios. Si “creen a todo espíritu”, en realidad no sabrán cuál de ellos proviene verdaderamente de Dios.

El hecho de que la expresión **Espíritu de Dios** aparezca junto a las palabras **todo espíritu que confiesa** indica con claridad que se busca asociar al *Espíritu Santo* con cada *espíritu humano* que hace tal confesión.

Una traducción más probable de la afirmación de **que Jesucristo ha venido en carne** es la siguiente: “Todo espíritu que confiesa a Jesús *como el Cristo* que ha venido en carne”. La principal preocupación teológica de Juan es que *Jesús* sea reconocido como el *Cristo* (cf. 2:22). Es posible que los revisionistas sostuvieran la doctrina de que *Jesús* era un simple hombre, y que el *Cristo* divino era un ser espiritual incorpóreo que descendió sobre Él en su bautismo, pero lo abandonó antes de su muerte.

4:3. En contraste con “Todo espíritu que confiesa” a Cristo está **todo espíritu que no confiesa** [a Jesús *como el Cristo*] **que ha venido en carne**. Tal espíritu ejemplifica **el espíritu del anticristo**.

Juan *no dice todo espíritu que niega*, sino *todo espíritu que no confiesa*. La enseñanza herética puede enmascarar la totalidad de su desviación de la verdad simplemente al no afirmar una verdad bíblica fundamental.

4:4. Los lectores de Juan tienen fortaleza espiritual y son capaces de resistir con éxito a los anticristos (cf. 2:12-14, 20-21). La razón por la cual han vencido es que poseen al Espíritu Santo, quien está en ellos, como lo está en todos los cristianos (cf. 3:24; Romanos 8:9). Es precisamente porque **mayor es** (el Espíritu de Dios)... **que el que está** (Satanás) **en el mundo**, que la victoria sobre los engaños del mundo es posible.

4:5. Los anticristos, o revisionistas, se presentan en marcado contraste con los lectores. Mientras que los lectores son “de Dios”, los revisionistas son **del mundo** y están en oposición a Él (véanse los comentarios sobre 2:15–16). **Hablan del mundo** en el sentido de que su mensaje es mundano en contenido y perspectiva. No es de

extrañar, entonces, que el mundo los escuche (**el mundo los oye**). La heterodoxia tiene un atractivo mucho mayor para la gente mundana que la ortodoxia.

4:6. En los vv. 4-6 se contrastan tres pronombres: “vosotros”, “ellos” y “**nosotros**”. El primero, “vosotros”, se refiere a los lectores; “ellos” a los revisionistas; y *nosotros* a los apóstoles. En el sentido más pleno, los apóstoles eran **de Dios**, ya que su doctrina venía directamente de Él.

Así, podían afirmar con confianza: **El que conoce a Dios, nos oye** (es decir, “nos escucha”). Como se señaló en 2:3 (cf. también 2:13-14), en esta epístola el concepto de “conocer” a Dios sugiere un progreso más allá de la simple infancia espiritual (cf. comentarios sobre el v. 7). Una señal del cristiano maduro es que responde a la enseñanza apostólica.

Se deduce, entonces, que **el que no es de Dios, no nos oye** (“nos escucha”). Juan podría estar pensando en cualquier persona desconectada de **Dios** como alguien que rechaza la autoridad y la enseñanza apostólicas. Tal persona podría ser un creyente o un incrédulo.

Las palabras **En esto conocemos** pueden referirse a los apóstoles, quienes son el sujeto de las afirmaciones anteriores en este versículo. Los apóstoles eran capaces de hacer distinciones apropiadas entre **el espíritu de verdad y el espíritu de error**, basándose en la sumisión —o falta de ella— de cada espíritu a la verdad apostólica. Juan condena a los revisionistas como “falsos profetas” que son “del mundo” (vv. 1-3, 5).

3. El reconocimiento de la morada de Dios (4:7-16)

4:7. El apóstol deja atrás su discusión sobre los muchos espíritus falsos que “han salido por el mundo” para atraer a los cristianos hacia ideas mundanas, los cuales deben ser rechazados para que los lectores puedan centrarse en el amor: **amémonos unos a otros**.

Si los lectores obedecieran el mandamiento de *amarse unos a otros*, estarían realizando una acción cuyo origen distintivo es su Padre celestial. La razón es que el **amor mismo es de Dios**.

Se deduce entonces que pueden afirmarse con seguridad dos cosas de **todo aquel que ama**: (1) tal persona **es nacida de Dios** y (2) también **conoce a Dios**. Juan presenta estos conceptos como

realidades distintas, pues en el v. 8 afirma que “el que no ama, no ha conocido a Dios”. Habría sido fácil decir: “El que no ama *no ha nacido de Dios* y no conoce a Dios”, como antítesis directa de la afirmación del v. 7. Pero eso es precisamente lo que *no puede decirse*. Juan ya ha hablado de una persona que “aborrece a su hermano”, lo cual no tendría sentido si esta persona no fuera cristiana, ya que un cristiano no podría ser considerado *su* hermano (cf. 2:11; 3:10b; 3:15; 4:20). Quienes enseñan que un cristiano *no puede* aborrecer a otro cristiano están enseñando un mito.

4:8. Sin embargo, dado que un cristiano nacido de nuevo *puede* no demostrar amor, si **no ama** eso indicaría que, en realidad, no ha llegado a **conocer** a su Padre celestial (cf. 2:3). El **Dios** que lo ha engendrado **es amor**.

Aquí encontramos la segunda de las dos grandes afirmaciones sobre Dios en 1 Juan. La primera, en 1:5, afirma que “Dios es luz”. Ahora Juan declara que *Dios es amor*. La primera apunta a su perfecta santidad: su total ausencia de pecado o engaño. Esta segunda afirmación declara que el *amor* caracteriza la naturaleza básica de su ser. Esto no implica que Dios carezca de otros atributos, como la sabiduría o la justicia, pero sí indica que el *amor* es fundamental para lo que *Dios* es y para todo lo que Él hace.

4:9. La expresión suprema del **amor de Dios para con nosotros** es el amor de su **Hijo unigénito**.

El propósito de Dios al enviar a *su Hijo unigénito* fue que viviéramos por medio de Él (“**para que vivamos por él**”). Aunque no se declara explícitamente aquí, sí se indica claramente en el v. 10 que el **Hijo** de Dios tuvo que *morir* para que nosotros pudiéramos *vivir*. Así, la manifestación del amor de Dios supuso dos experiencias opuestas: *muerte* para el Hijo de Dios, *vida* para los creyentes. Que Dios permitiera esto para su amado **Hijo**, a fin de que **nosotros** tuviéramos vida eterna, dice mucho sobre la grandeza de ese **amor**.

4:10. El **amor** de Dios no fue una respuesta al nuestro: **no que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros**. El amor de Dios buscó suplir nuestra necesidad *espiritual*: **y [Dios] envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados**. Aunque Juan quiere que los creyentes se preocupen por las necesidades *físicas* de su hermano (3:17), también debemos preocuparnos por sus necesidades *espirituales*. Dado que ninguna

persona en toda la humanidad está fuera del alcance de la muerte sacrificial del Salvador, ningún hermano o hermana debería estar fuera del alcance del amor sacrificial de los creyentes.

4:11. El uso de la palabra **así** en “**Dios nos ha amado así**”, evoca las palabras de Juan 3:16: “Porque de tal manera (*houtōs[s]*) amó Dios al mundo”. Dado que el Señor pronunció estas palabras en presencia de Juan muchos años antes, sin duda llegaron a ser profundamente apreciadas por él y por aquellos a quienes enseñaba. Por ello, el apóstol elige una expresión que refleja Juan 3:16 como fundamento para insistir en que **debemos también nosotros amarnos unos a otros**.

4:12. Lo que Juan afirma ahora puede parecer sorprendente. El **Dios** invisible, a quien **nadie ha visto jamás**, en realidad habita en aquellos que se aman unos a otros.

Cuando el amor cristiano —modelado en el amor de Dios— se practica de verdad entre los creyentes, Dios se siente “en casa” en quienes lo ejercen: **Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros**. El *Dios* invisible, a quien *nadie ha visto*, *vive activamente* en este cuerpo de creyentes.

Además, el **amor** de Dios **se ha perfeccionado en** (o “entre”) ellos. Esta idea se menciona por primera vez en 2:5. Las palabras griegas para **se ha perfeccionado** (*teteleiōmenē estin*) están en una forma (tiempo perfecto) que sugiere que su amor produce como resultado el amor cristiano. El *amor* de Dios cumple su propósito y llega a su plena medida *en los creyentes* cuando ese *amor* se reproduce en ellos y se refleja a través de ellos al amarse *unos a otros*.

4:13. En lugar de “guardar sus mandamientos” (3:24), aquí “amarnos unos a otros” se presenta como la clave para esta relación mutua de “permanecer”. Pero, como se ha visto en 3:22-23, para el apóstol estas son dos caras de la misma moneda: el cristiano obediente *ama*, y el cristiano que ama *obedece*.

Mientras que en 3:24 Juan afirma que los creyentes saben que Dios permanece en ellos “por el Espíritu que nos ha dado”, en 4:13 señala que esto se conoce porque **nos ha dado de** [lit., “desde”] **su Espíritu**. Es decir, los creyentes *participan del mismo* Espíritu que Dios posee. Esto implica que participan de un “espíritu de amor” que no es otra cosa que su propio Espíritu, ya que “Dios es amor”.

4:14. Ningún versículo en 1 Juan es más crucial para comprender la epístola que este. La declaración inicial, **Y nosotros hemos visto... que el Padre ha enviado al Hijo**, indica una experiencia apostólica similar a la de 1:2.

El *nosotros* no es el “nosotros apostólico” como en 2:19; 3:14; y 4:6. En todos esos pasajes hay un “vosotros” que lo contrasta (cf. 1:2-4; 2:20; 3:13; 4:4). Esto no ocurre aquí. En 4:7-14, el sujeto *nosotros* incluye a los lectores y a los apóstoles (vv. 7, 9, 10-13).

La palabra griega *kai* (Y) puede entenderse en su sentido bien reconocido de “Y así”. Con esto en mente, el versículo puede parafrasearse así: “*Y así*, cuando amamos así, *nosotros* (tanto los lectores como los apóstoles) *hemos visto* la realidad, y *testificamos* a la realidad *que el Padre ha enviado al Hijo* como *el Salvador del mundo*”. Al amarse unos a otros, los lectores pueden *tener comunión* con los apóstoles en lo que los apóstoles habían *visto* (precisamente tal y como el prólogo lo había prometido; 1:3a). Y esto no era nada menos que *comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo* (1:3b).

En 3:24-4:13, Juan enseña que el amor demuestra la presencia del Dios que habita en nosotros y cuyo amor comparten los creyentes. Ya que este amor cristiano manifestado no es otra cosa que la manifestación de la *vida eterna* dentro de la comunión cristiana caracterizada por el amor, aquellos que manifiestan así esta *vida* son *testigos vivientes* de la realidad de que **el Hijo** realmente es **el Salvador del mundo** (cf. Juan 13:35).

La manifestación visible de la *vida eterna* por medio del amor cristiano es una forma eficaz de *dar testimonio* acerca de la condición de Cristo como Salvador. Ese “ver” al que alude Juan — “hemos visto”— es un “ver” por la fe, expresado en la confesión de *Jesús* como *el Salvador del mundo*.

4:15. La “comunión” era con los apóstoles en lo que ellos habían “visto” (v. 14). Pero los lectores también debían tener “comunión” en lo que los apóstoles habían “oído” (cf. 1:3). Lo que los lectores pueden *oír* en medio de una comunidad cristiana caracterizada por el amor no es sino la confesión **de que Jesús es el Hijo de Dios**.

Las palabras de Juan el Bautista de que él había *visto y dado testimonio* (Juan 1:32-34) reflejan la redacción del versículo anterior (“hemos visto y testificamos”, v. 14), mientras que la afirmación del Bautista “*que este es el Hijo de Dios*” refleja el presente versículo. Por tanto, el “testimonio” mencionado en el v. 14 no debe limitarse

a la manifestación visible de la vida eterna en forma de amor cristiano, aunque esto forma parte de él. Juan tiene, más bien, en mente un contexto congregacional donde se proclame regularmente la confesión de *Jesús* como el *Hijo* de Dios.

Juan tenía en mente la manifestación visible del amor cristiano, acompañada por esta confesión de **Jesús** y reproducida en lo que los propios apóstoles habían *visto* en Jesús y lo que habían *oído* acerca de Él de parte de su precursor, Juan el Bautista. El objetivo del apóstol Juan de llevar a sus lectores a este tipo de comunión con el círculo apostólico (1:1-3) ha sido alcanzado ahora.

Además, el objetivo de establecer una relación permanente con Dios también se cumple, ya que **Dios permanece en** todo aquel que *confiesa que Jesús es el Hijo de Dios, y él en Dios*. Esta confesión es por el Espíritu de Dios, por medio del cual se conoce y se reconoce que Dios mora en él (cf. v. 13).

Cuando se confiesa a Jesús como *el Hijo de Dios*, se le reconoce como “*el Cristo* venido en carne” (cf. 4:2) y como el Garante de la vida eterna y de la resurrección futura para todo creyente.

Una comunidad cristiana puede reconocer que Dios “permanece” en ella si los miembros (1) se aman unos a otros y (2) confiesan *que Jesús es el Hijo de Dios*. De este modo, esa comunidad está guardando “su mandamiento” (3:23).

4:16. El v. 16 es paralelo al v. 14 tanto en su gramática como en su tema. Aparentemente, el autor pretende que ambos versículos muestren los resultados de la experiencia comunitaria del amor que ha estado describiendo. Sin embargo, entre ambos versículos, Juan ha señalado el papel de la confesión de Jesús (v. 15) como una señal adicional de que Dios mora en los miembros de una comunidad cristiana caracterizada por el amor. Por tanto, cuando los creyentes en una iglesia gozan de una experiencia como esta, se enfrentan a la realidad del **amor que Dios les tiene**. La afirmación *permanece en Dios y Dios [permanece] en él* forma un *inclusio* con la declaración “permanece en Dios, y Dios en él” en 3:24.

E. Tener confianza en el tribunal de Cristo (4:17-19)

4:17. El amor de Dios es **perfeccionado** únicamente en un cristiano que lo manifiesta a otros. Otro aspecto de este perfeccionamiento es la **confianza en el día del juicio**. Esto remite

a 2:28 y a la idea de tener “*confianza* delante de Él en su venida”. La palabra traducida como “*confianza*” en los dos versículos representa la misma palabra griega (*parresía*). No se trata de un juicio para determinar el destino del salvo en el cielo o en el infierno, ya que eso ya está resuelto (cf. Juan 5:24; Romanos 8:31–34). Más bien, los cristianos rendirán cuenta de sus vidas cristianas en el tribunal de Cristo (Romanos 14:10-12; 2 Corintios 5:10-11).

La idea de tener *confianza en el día del juicio* resulta impactante. Los cristianos sensatos, aunque plenamente seguros de su salvación, reconocen “el temor del Señor” (2 Corintios 5:11). La posibilidad de triunfar sobre ese “temor” es sin duda un gran desafío. No obstante, esto es posible si los creyentes “permanecen en el amor” (1 Juan 4:16).

La razón por la cual quien “permanece en amor” puede esperar *confianza* en el tribunal de Cristo es **porque como él es, así somos nosotros en este mundo**. Puesto que “Dios es amor” (4:8, 16), quien ama es como *Él es*, aunque el cristiano que ama aún esté *en este mundo*.

4:18. La experiencia del **temor** y la del **perfecto amor** son incompatibles. Si un cristiano ha **sido perfeccionado en el amor**, no necesita temer al tribunal de Cristo.

Por *perfecto amor*, el autor no se refiere a la ausencia de pecado (cf. 1:8). La palabra traducida como “perfecto” (*teleios*) proviene de la misma raíz que el verbo traducido como *ha sido perfeccionado* (*teteleiōtai*), un verbo que también se emplea en 2:5; 4:12, 17. Aquí, como en esos pasajes, el concepto es el de un *amor* maduro que ha alcanzado su meta u objetivo (véanse los comentarios sobre 2:5). El punto de Juan es que cuando el *amor* de Dios hacia los creyentes ha alcanzado su propósito en ellos, al convertirlos en canales de ese *amor* los unos hacia los otros, esta experiencia **echa fuera el temor**.

Sin embargo, el cristiano desobediente experimentará la disciplina de Dios, ya que la presencia del **temor lleva en sí castigo** (*kólasis*, “*castigo*”). Juan probablemente tiene en mente la verdad de que “*el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo.*” (Hebreos 12:6). De hecho, esta verdad del Nuevo Testamento se encuentra en labios del Señor Jesús en Apocalipsis 3:19: “Yo reprendo y castigo a todos los que amo”.

Si un cristiano experimenta *temor* al anticipar ser evaluado en el tribunal de Cristo, entonces ese *temor* puede considerarse como un

castigo destinado a despertarlo a la necesidad de corregir su conducta. Aunque es desagradable, como toda disciplina divina (Hebreos 12:11), no deja de ser una señal del amor de Dios y de su deseo de ver a los creyentes *perfeccionados en el amor*. Si el cristiano responde a este tipo de disciplina, dicha disciplina es eficaz y “da fruto apacible de justicia” (Hebreos 12:11), lo cual, para Juan, es inseparable del *amor*.

4:19. En cuanto al ejercicio del amor por parte del cristiano, hasta ahora Juan ha hablado de ese amor como dirigido a otros cristianos (unos a otros). Sin embargo, aquí habla por primera vez en la epístola del amor hacia *Dios*. (Cabe señalar que las ediciones críticas estándar del Nuevo Testamento griego omiten la expresión *a él*, y lo mismo hacen las traducciones basadas en ellas. Esta omisión es lamentable, ya que la referencia al amor a Dios es fundamental aquí (véase v. 20).

El **amor** a Dios tiene su origen en el amor que Él tiene por los creyentes (vv. 9–10). Por tanto, si los creyentes se aman unos a otros y, además, *aman* a Dios, solo puede haber una razón: **¡porque Él nos amó primero!**

V. Conclusión: Aprender a vivir en obediencia (4:20–5:17)

A. Lo que significa amar a nuestros hermanos (4:20–5:3a)

4:20. A un cristiano le podría parecer más fácil **amar a Dios a quien no ha visto** que **amar a su hermano a quien ha visto**. Aunque Dios parece totalmente digno del amor del cristiano, su hermano a menudo no lo es. Pero para Juan, el amor *no* es una palabra emocional. Para Juan, “amar” es comportarse de una manera que supla la necesidad del hermano en la fe (véase 3:16-18). Juan evalúa la autenticidad del amor entre los creyentes, no por sus *sentimientos*, sino por sus *acciones*: deben amar “de hecho” y, por tanto, “en verdad” (3:18).

Dado que la *acción*, y no la *emoción*, es el elemento crucial en el amor cristiano, es evidente que no existe una diferencia fundamental entre expresar amor a Dios y amor a un hermano cristiano, pues la prueba del amor a *Él* es la obediencia a sus mandamientos (véase 4:19). Si un cristiano no obedece los mandamientos de Dios, no lo ama, sin importar lo que diga o sienta. Por tanto, la persona que dice:

“Yo amo a Dios”, pero *no* obedece el mandamiento de Dios de *amar a su hermano*, **es un mentiroso.**

4:21. Juan declara ahora la conexión entre el amor a Dios y el amor al hermano. Ambas son parte del mismo **mandamiento**. Este mandamiento está formulado de tal manera que la presencia de un tipo de amor exige necesariamente la presencia del otro.

5:1. La división de capítulo es desafortunada, ya que Juan continúa la discusión iniciada en el capítulo 4. La definición que Juan da de un hermano cristiano es simple y directa: **Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios.** Aquí Juan recuerda la declaración temática de su Evangelio (Juan 20:31). Juan nunca define a un cristiano de otra manera.

Que un hermano cristiano viva o no de forma digna de su fe es irrelevante. La razón para amar a otro cristiano no tiene nada que ver con el desempeño de ese hermano. La verdadera razón la declara ahora el apóstol: **todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él.** ¡Los creyentes aman a otros porque aman al Padre de esos hijos! Si *no aman* al hijo, es falso decir que aman al Padre (4:20).

5:2. El apóstol hace ahora explícito lo que antes era implícito en 4:20–5:1. Si alguien quiere **conocer** si realmente ama a los **hijos de Dios**, esto puede verificarse cuando **ama a Dios, y guarda sus mandamientos.**

Guardar *sus mandamientos* es la manera de demostrar que un creyente ama a su hermano, ya que el amor a los hermanos es uno de esos *mandamientos*.

Esta nueva perspectiva introduce sutilmente una nueva idea. Juan no habla aquí de un solo mandamiento (como lo hizo en 3:23 y 4:21), sino más bien de guardar los *mandamientos* de Dios, en plural. No es solo la obediencia al mandamiento específico de amar a nuestro hermano lo que demuestra amor. Más bien, es la obediencia a todo lo que Dios manda lo que verifica que *amamos a los hijos de Dios*.

5:3a. No sorprende que Juan insista ahora en que **el amor a Dios** consiste en guardar **sus mandamientos**. Otras versiones de Reina-Valera, como la RVR-1977 y la RVA-2015, traducen *el amor a Dios* como “el amor *de* Dios”. Esta expresión no se refiere al amor de Dios *por* los creyentes (genitivo subjetivo). Más bien se refiere a

nuestro amor a Dios (genitivo objetivo; cf. v. 2), el cual consiste en guardar *sus mandamientos*.

B. Lo que realmente da poder a nuestro amor (5:3b–15)

5:3b–4. En la versión Reina-Valera 1960, las palabras finales del v. 3 se presentan como una oración completa. Pero esto no representa correctamente el griego, ya que el v. 4 comienza con la conjunción subordinada griega *hoti* (“**Porque**”). Sería mejor leer el texto de esta manera: **Y sus mandamientos no son gravosos porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo.**

La razón por la que los mandamientos de Dios *no son gravosos* es que *todo lo que es nacido de Dios vence al mundo*. Juan emplea la expresión *todo lo que*, y no “todo el que”. Esto sugiere que la propia experiencia de haber *nacido de Dios* conlleva una victoria intrínseca sobre el mundo. A los creyentes se les dice de inmediato que esta es **la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe** (v. 4b).

Juan está diciendo que *nuestra fe* en Cristo (cf. v. 5) *ya ha* vencido al mundo. Dado que los anticristos niegan “que Jesús es el Cristo” (2:22), creer esta verdad y nacer de nuevo constituye una gran victoria. Esta victoria inicial no *garantiza* victorias posteriores en la vida cristiana. Más bien, la victoria lograda por el nuevo nacimiento hace que la obediencia a los mandamientos de Dios sea una meta alcanzable.

5:5. Las construcciones griegas traducidas aquí como **el que vence** (*ho nikōn*) y **el que cree** (*ho pisteuōn*) son participios presentes precedidos del artículo. En griego, esta construcción es básicamente atemporal y caracteriza a una persona (o a varias) por algún acto o actos que ha (o han) realizado, sin especificar cuántas veces ocurrieron o incluso si siguen en curso. En español encontramos algo análogo en sustantivos que expresan una acción cumplida y/o en curso. Por ejemplo, una persona a quien se le llama “asesino”. Esto puede aludir tanto a un único homicidio como a varios, pero en cualquier caso, describe al sujeto por esa acción.

Juan está diciendo, por tanto, que “el vencedor del mundo” es el mismo que “el creyente en Jesucristo, el Hijo de Dios”. Como se aclara por el tiempo pasado del v. 4 (“*ha vencido*”), *¡esto ya es una realidad!* Pero como Juan está hablando del hecho de que guardar

los mandamientos de Dios no es “gravoso” (v. 3b), la implicación es que tal victoria puede continuar, y que la clave de ello es ¡la *fe*! Así como la vida cristiana *comienza* en el momento de la fe salvífica en Cristo, así también esa vida se *vive* por fe en Él.

Juan desarrollará un poco más esta implicación más adelante (1 Juan 4:12-13), pero antes se detiene a aclarar un punto de esta fe, el cual los revisionistas evidentemente habían cuestionado.

5:6. Cerinto, de Asia Menor, enseñaba que Jesús era meramente un hombre y que el Cristo divino descendió sobre Él en su bautismo y lo abandonó en la cruz. Así, solo el Jesús humano, no el Cristo divino, murió y resucitó. La literatura cristiana antigua retrata a Cerinto como un archienemigo de Juan. La mención del **agua** se refiere al *bautismo* de Jesús, mientras que la **sangre** alude a su *muerte*.

El bautismo de Jesús fue la inauguración formal de Él como el Salvador mesiánico, es decir, el **Cristo**.

La frase **el Espíritu es el que da testimonio** describe con precisión el papel del Espíritu Santo en el bautismo de Jesús. (El Padre también dio testimonio al hablar desde el cielo; Mateo 3:17). Posiblemente los revisionistas distorsionaron el bautismo al hacer que *el Espíritu* representara al “Cristo divino” que descendió sobre el Jesús humano en ese momento, solo para abandonarlo cuando murió en la cruz. Las palabras de Juan corrigen así una distorsión del papel del Espíritu Santo en relación con el mesianismo de Jesús. *El Espíritu* es un testigo, pero sigue siendo una persona distinta y no debe ser identificado como el *Cristo*.

Además, el testimonio del Espíritu es confiable, **porque el Espíritu es la verdad**. Se puede decir que *el Espíritu es la verdad* en un sentido muy parecido a “Dios es amor” (cf. 4:8). La propia naturaleza y el carácter del *Espíritu* son la veracidad, y por eso su testimonio es digno de confianza.

A la luz de este versículo, es posible conjeturar cuál pudo haber sido la teología de los revisionistas. Afirmaban que Jesús *no* era el Cristo (2:22), y posiblemente consideraban al “Cristo” como un ser espiritual (¿el Espíritu?) que descendió sobre el hombre Jesús en su bautismo, pero lo abandonó antes de morir. Así, la obra de la cruz no fue un sacrificio ofrecido por el Hijo de Dios, sino simplemente la muerte de un hombre. Por lo tanto, la muerte de Jesús no tenía ningún valor salvífico.

Quienes creían que Jesús es el Cristo estarían, en este caso, creyendo en una falsedad. En consecuencia, no habrían nacido de Dios, como enseñaban los apóstoles (cf. 5:1).

Eso representaba un desafío grave para el cristianismo. Si la visión de los revisionistas era que Jesús no es el Hijo de Dios (cf. v. 5), entonces no habría victoria sobre el mundo mediante la fe (cf. vv. 4–5). Tampoco habría esperanza de una victoria continua sobre el mundo.

5:7-8. Las palabras de estos versículos son bien conocidas, ya que fueron introducidas por primera vez en una de las primeras ediciones impresas del Nuevo Testamento griego por Erasmo. Posteriormente, pasaron a formar parte de la versión King James (KJV). Sin embargo, no se encuentran en la gran mayoría de los manuscritos griegos que se conservan de 1 Juan.

Por lo tanto, el texto puede leerse así: “^{6b}*Y es el Espíritu el que da testimonio, porque el Espíritu es la verdad—⁷porque tres son los que dan testimonio: ⁸el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan*”.

Juan ha afirmado que el Espíritu es confiable —Él es la verdad— y esto es *porque* su testimonio se ajusta a la ley bíblica de verificación, que requería dos o tres testigos (cf. Deuteronomio 17:6; 19:15; Mateo 18:16; Juan 8:17–18).

El bautismo y la muerte de Jesús fueron tan firmemente atestiguados que puede decirse que, junto con **el Espíritu, dan testimonio** y están plenamente de acuerdo con Él: **estos tres concuerdan**. Detrás de las palabras de Juan está el hecho de que en *el bautismo* Dios declaró: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17). Juan el Bautista “dio testimonio” personal de este evento (cf. Juan 1:32–34). Además, la crucifixión fue anticipada por las Escrituras (cf. Juan 13:18; 19:24, 28, 36, 37), y fue atestiguada por testigos apostólicos (Juan 19:35; 21:24; nótese “*sabemos*”). Por tanto, **el agua y la sangre** están plenamente atestiguadas por derecho propio, tanto por el testimonio divino como por testigos humanos.

5:9. Este versículo remite al testimonio mencionado en los vv. 7–8 y anticipa el testimonio de Dios que se presenta en los vv. 11–12. La idea es que, dado que los seres humanos aceptan el testimonio de otros seres humanos como válido, con cuánta mayor razón deberían

aceptar **el testimonio de Dios**, que es obviamente **mayor** y, por tanto, mucho más digno de ser recibido.

Las palabras **Si recibimos el testimonio de los hombres** probablemente hacen referencia al requisito de contar con dos o tres testigos para que una declaración se considere válida (vv. 7–8).

Juan afirma que Dios **ha testificado acerca de su Hijo**. Las palabras que siguen en los vv. 11–12 muestran que este testimonio deriva de palabras pronunciadas por Jesús en presencia de los apóstoles.

5:10. Este versículo probablemente debería ir entre paréntesis, ya que constituye un breve comentario incidental antes de que se exponga propiamente el “testimonio de Dios” en el v. 11. Juan presenta aquí el contraste entre creer y no creer **el testimonio** acerca del Hijo de Dios.

La expresión **cree en** (*pisteuō eis*) refleja una expresión común en el Cuarto Evangelio (cf. Juan 1:12; 2:11, 23; 3:15–16, 18, 36). “Creer *en*” Jesús es idéntico en significado a la idea de “creer *que* (*hoti*) Jesús es el Cristo” (Juan 11:27; 20:31; cf. 8:24; 13:19). Ambas construcciones griegas expresan el medio para recibir la vida eterna (cf. 20:30–31 con Juan 3:15–16, 18, etc., y cf. 1 Juan 5:1).

La persona que ejerce esta fe **tiene el testimonio en sí mismo**, es decir, el testimonio de Dios acerca de su Hijo se internaliza cuando una persona *cree en el Hijo de Dios*.

Por el contrario, la persona **que no cree a Dios** (es decir, que no cree *el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo*) **le ha hecho mentiroso**. En efecto, estas personas están diciendo que el *testimonio* de Dios es falso.

Aquí no se hace ninguna distinción entre “fe intelectual” o “fe del corazón”, ni entre una fe interior en contraposición a un simple asentimiento mental. La Biblia no complica la fe de este modo. Una vez que se ha comprendido el mensaje, la cuestión es: ¿la persona lo cree o no?

5:11–12. Estos dos versículos deben entenderse como una unidad. Las palabras **Y este es el testimonio** abarcan ambos versículos, los cuales, tomados en conjunto, presentan el testimonio de Dios acerca de **su Hijo**. Dicho *testimonio* consta de dos afirmaciones estrechamente relacionadas: la primera se refiere a lo que Dios ha concedido (v. 11), y la segunda, al carácter exclusivo de esa concesión (v. 12).

Según el *testimonio* divino, **Dios nos ha dado vida eterna**. Por tanto, **el que tiene al Hijo, tiene la vida**, y **el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida**.

Al parecer, los revisionistas habían cuestionado la creencia de los lectores de que realmente poseían la *vida eterna* (cf. 2:25). Y como también negaban que Jesús fuera el Cristo (cf. 2:22), habrían afirmado que no había *vida eterna* disponible en Jesús. Así, desde la perspectiva de los revisionistas, los lectores de Juan no poseían realmente tal vida. Juan responde afirmando que tanto él como sus lectores *sí* tienen vida eterna porque Dios se la ha dado *en su Hijo*, y esta vida se encuentra *en Él* y en ningún otro. Si alguien no tiene al Hijo, esa persona no tiene esta vida.

La razón por la que Juan ha estado hablando del “testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo” (vv. 6–12) es para asegurar a los lectores que en verdad *tienen vida eterna* y para animarlos a mantener su fe en su nombre.

5:13. La expresión **Estas cosas** no se refiere al contenido de toda la epístola, sino específicamente a los vv. 6-12. Esta referencia inmediata es coherente con el estilo de Juan en otras partes de la carta. Así, en 1:4, “estas cosas os escribimos” alude a lo mencionado en los vv. 1:1-3. En 2:1, “estas cosas os escribo, para que no pequéis” hace referencia a la discusión previa sobre el pecado (vv. 1:5-10); y en 2:26, “os he escrito esto sobre los que os engañan”, retoma el tema anterior sobre los anticristos (vv. 2:18-25).

Todo creyente *sabe*, en el momento de la fe salvífica, que tiene **vida eterna**, porque las promesas en las que cree lo garantizan (cf. Juan 11:25-26). Sin embargo, el creyente no está exento de dudas después de haber sido salvo (cf. Juan el Bautista; Lucas 7:18–19). El antídoto frente a esas dudas es siempre las promesas de Dios, que pueden consultarse una y otra vez como fuente renovada de seguridad. Ningún libro de la Biblia contiene un mayor número de garantías directas que el Evangelio de Juan (Juan 3:16, 18, 36; 5:24; 6:35–40, 47; etc.). 1 Juan 5:11–12 recuerda a los lectores el testimonio de Dios en el que ya han creído.

Puesto que los creyentes a quienes se dirige han creído *en el nombre del Hijo de Dios* (cuya identidad está atestiguada por “el Espíritu, el agua y la sangre”, v. 8), deben descansar con seguridad en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo y por medio de Él. Este testimonio asegura a los creyentes que *tienen vida eterna*.

Toda verdadera seguridad de salvación y de *vida eterna* debe descansar sobre el “testimonio de Dios”, porque solo ese testimonio tiene total confiabilidad. Irónicamente, si en lugar de esto un cristiano basa su seguridad en su experiencia personal, ¡la declaración de Juan en el v. 13 sobre *saber* que uno tiene vida eterna se vuelve completamente imposible!

El apóstol busca aquí *reafirmar* la seguridad de salvación de sus lectores, la cual había sido puesta en duda por los *anticristos*.

5:14. El Señor Jesús había enseñado a sus discípulos sobre la eficacia de su nombre para recibir respuestas a la oración (Juan 16:23b-24). El cambio de Juan hacia el tema de la oración, tras su referencia a la fe continua “en el nombre del Hijo de Dios” (v. 13), es natural, ya que el *nombre* del Hijo también es la clave para que la oración sea respondida.

Hacer algo en el nombre de alguien significa actuar con su autoridad (cf. Juan 5:43; 10:25). No tiene nada que ver con simplemente añadir a nuestras oraciones una frase como “en el nombre de Jesús”. Orar en el nombre de Jesús significa **pedir... conforme a su voluntad** (la de Dios o la de Cristo). Si se hace así, los creyentes pueden tener **confianza** de que Él **los oye**. La palabra traducida como *confianza* (*parrēsia*) también aparece en 3:21, donde igualmente se aborda el tema de la oración. En otros lugares de la epístola se usa solo dos veces (2:28 y 4:17), ambas en relación con el tribunal de Cristo.

Cuando un cristiano ora, ¿cómo puede saber cuál es la *voluntad* de Dios? Hay una manera inequívoca: Su *voluntad* está expresada en sus “mandamientos” (cf. v. 3).

5:15. Supongamos, entonces, que un creyente le pide a Dios ayuda para amar a sus hermanos y hermanas en la fe. ¿Puede esperar que Dios conceda tal petición? La respuesta de Juan es afirmativa.

Dado que el mandamiento de Dios de “amarnos unos a otros” (3:11, 23; 4:7, 11–12) es una expresión de “su voluntad” para los cristianos, si ellos piden ayuda para cumplirlo, pueden **saber** que Él los oye (cf. v. 14). Y si, en cualquier asunto que sea “conforme a su voluntad” —es decir, **cualquier cosa que pidamos** conforme a su voluntad— somos *oídos*, también podemos **saber que tenemos las peticiones** (las solicitudes) **que le hayamos hecho**. Por tanto, si la petición es una solicitud de ayuda para *hacer* la voluntad de Dios

amando a otros creyentes, uno puede *saber* que esa ayuda le será concedida.

C. Lo que la fe y el amor pueden hacer por nuestro hermano (5:16–17)

5:16-17. Como en toda la epístola de Juan, las palabras **su hermano** se refieren a un verdadero cristiano. Si se ve a tal **hermano cometer pecado que no sea de muerte**, el amor cristiano debe movernos a orar por él.

Este versículo podría traducirse mejor como: “que no conduce *directamente* (o *inmediatamente*) a la muerte”.

Dios a veces infligió *muerte* inmediata en respuesta a ciertos pecados de cristianos. Los dos ejemplos más claros son Ananías y Safira (Hechos 5:1–11) y los cristianos en Corinto que participaron de la Cena del Señor con pecado no confesado en sus vidas (1 Corintios 11:27–32).

Juan afirma que **hay pecado de muerte**, y aclara que no está diciendo que un cristiano deba orar por ese caso (“**no digo que se pida**”). No hay un mandamiento que ordene *orar* por ese tipo de *pecado*, pero tampoco hay un mandamiento que lo prohíba. En otras palabras, si un cristiano sospecha que se está cometiendo un *pecado que sea de muerte*, puede orar por el creyente que ha pecado, pero sin tener ninguna certeza sobre el resultado de su oración. Aunque no hay garantía, siempre es posible que Dios decida revocar su juicio.

¿Qué puede esperar un cristiano cuando ora por casos donde el pecado *no sea de muerte*? **Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte.** Dado que la muerte en cuestión para el hermano que ha pecado no es eterna (Juan 11:26), tampoco hay razón para interpretar la *vida* aquí como eterna. Sin embargo, ya que todo pecado conduce *finalmente* a la muerte física, apartarse del pecado puede conducir a *una prolongación de la vida física*.

VI. Epílogo: Certezas cristianas (5:18–21)

Juan concluye su epístola con una serie de afirmaciones introducidas por las palabras “Sabemos que”. Estas declaraciones, junto con la exhortación final, constituyen una especie de epílogo.

El hecho de que en el prólogo y el epílogo predominen los verbos con el sujeto “nosotros” es otra señal del equilibrio estilístico del texto. Juan está lejos de ser el escritor desordenado que algunos han imaginado; es, en realidad, un autor de gran nivel literario.

5:18. Juan desea ahora recordar a sus lectores que **todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado** (la Reina-Valera Antigua traduce: “...no peca”), es decir, la persona regenerada, *como tal*, es incapaz de pecar. Esto conduce a la siguiente observación: **mas el que es engendrado de Dios, se guarda a sí mismo** (RVA), de modo que **el maligno no le toca**. El hombre interior, nacido de Dios, posee la capacidad innata de resistir la contaminación del mal y, por tanto, se halla fuera del alcance de Satanás.

Al decir que la persona interior regenerada (cf. Romanos 7:22) *se guarda a sí misma*, Juan no está afirmando que el yo interior pueda, de algún modo, evitar todo pecado en la vida cristiana (cf. 1:5–10). Lo que Juan quiere decir es que la “simiente de Dios permanece” en el interior regenerado (cf. 3:9) como el elemento que controla su nueva naturaleza, y es completamente inmune incluso a la más mínima contaminación del **maligno**. Los fracasos de los creyentes se deben a la inclinación pecaminosa “programada” en sus cuerpos terrenales, tal como enseña Pablo en Romanos 7:7–25.

Pero, por mucho que lo intente, Satanás no puede realmente *tocar* al creyente. Sin embargo, si el creyente se lo permite, Satanás usará sus fracasos para llevarlo a otros fracasos. Por eso, después de cada pecado, el creyente debe levantarse de su confesión a Dios *sabiendo* que, en su interior, sigue siendo la misma persona santa que era antes de caer.

5:19. Si un cristiano conoce la verdad expresada en el v. 18, también puede **saber** de qué lado se encuentra. Conocer a Dios normalmente sugiere una relación dinámica y experiencial con Él (cf. 3:19; 4:4).

La expresión “**el mundo entero está bajo el maligno**” se traduce del griego *en tō ponērō keitai* (“yace en el maligno”). Esta frase sugiere que *el mundo* reposa pasivamente dentro del ámbito operativo de Satanás. En contraste, la frase *ek Theou* (“de Dios”) señala origen: “procedente de” *Dios*.

El cristiano debe ser consciente de su hombre interior, que no peca (v. 18), y también de su total separación del **mundo entero**,

que vive bajo el dominio de Satanás. Los creyentes, a quienes el enemigo no puede “tocar” (v. 18), no forman parte del **mundo**, que yace pasivamente bajo el maligno. Por tanto, los creyentes no deben “amar al mundo, ni las cosas que están en el mundo” (2:15–17), y deben resistir las ideas que el mundo promueve (cf. 2:18–19).

Esta carta está dirigida a cristianos maduros en su desarrollo espiritual (cf. 2:12–14; 4:6), probablemente a los líderes de la iglesia. Las afirmaciones de estos versículos finales pueden aplicarse, en diversa medida, a otros creyentes, según la profundidad con que su experiencia espiritual se asemeje a la de los destinatarios originales de la epístola.

5:20. Lo tercero que **sabemos** es que, gracias a la venida del **Hijo** de Dios, los creyentes han recibido comprensión espiritual (**entendimiento**) que les permite conocer al Dios verdadero.

La palabra *entendimiento* (*dianoian*) significa *inteligencia*. La idea es que **el Hijo de Dios** ha concedido la *inteligencia* espiritual, o intelecto, necesario para *conocer* a Dios.

Este conocimiento se alcanza mediante la comunión y se verifica por la obediencia a los mandamientos de Dios (cf. comentarios sobre 2:3–4, 12–14). La capacidad para adquirir tal conocimiento —es decir, la *inteligencia* necesaria para ello— es posible porque **el Hijo de Dios ha venido**.

El amor cristiano (obediencia) nunca está ausente donde se conoce verdaderamente a Dios (cf. comentarios sobre 4:7–8). No podría haber un verdadero *entendimiento* del amor o de Dios si *el Hijo de Dios no hubiera venido* ni hubiera muerto para revelar el amor de Dios. Por medio de su muerte, *el Hijo nos ha dado el entendimiento (inteligencia)* con el cual *podemos conocer* a Dios. El cristiano obediente posee la capacidad espiritual necesaria para conocer a Dios.

La afirmación **estamos en el verdadero** recuerda la misma expresión de 2:5 (“por esto sabemos que estamos en Él”), que Juan vinculó con *permanecer* en Él (2:6). Para Juan, “permanecer” es la forma de describir la experiencia de “vivir como discípulo” (cf. Juan 15:8).

Pero estar *en Él*, es decir, permanecer *en Él*, no consiste solo en permanecer en Aquel que *es verdadero* (como Juan acaba de describir a Dios); implica, además, estar **en su Hijo Jesucristo**. No

aparece la conjunción **y** entre las expresiones *en el verdadero* y *en su Hijo*. Permanecer en Dios y permanecer en Cristo es lo mismo.

La declaración de que **Este es el verdadero Dios** constituye una de las afirmaciones más directas sobre la deidad de *Jesucristo* que se encuentra en el Nuevo Testamento, y Él es también **la vida eterna**, lo que remite al prólogo (1:1-4), donde el tema de la carta de Juan es “la *vida eterna*, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó” (1:2; cf. “Yo soy... la vida”, Juan 14:6). Esto muestra que la afirmación final se refiere principalmente a *su Hijo Jesucristo*.

Además, la referencia a *la vida eterna* vincula prólogo y epílogo en esta afirmación culminante. Juan ha cumplido ahora su propósito de “anunciar” a sus lectores esta “vida eterna” (1:2). Les ha mostrado que, al “permanecer” en Aquel que **es verdadero** (lo cual también es permanecer *en su Hijo Jesucristo*), pueden experimentar la *vida eterna*. Esa *vida*, expresada en amor hacia sus hermanos y hermanas en la fe, brota del ser interior sin pecado (v. 18). Marca su vida y experiencia como procedentes de Dios y no del mundo (v. 19), y manifiesta el *entendimiento* espiritual que el Hijo de Dios vino a darles (v. 20a).

5:21. La herejía que Juan combate socava la condición de Salvador de Jesucristo y promueve una actitud de acomodo hacia el mundo. Actúan como agentes de Satanás y fomentan diversas formas de idolatría —literal o metafórica— que ciegan a los hombres para que no vean “al Dios verdadero y la vida eterna”.

Las palabras finales del apóstol, por tanto, deberían resonar a lo largo de los corredores de la historia humana: **Hijitos, guardaos de los ídolos. Amén.**

2 JUAN

COMENTARIO

I. Salutación (v. 1-3)

V. 1-2. Juan utiliza el título **el anciano** para referirse al “de mayor edad”. **La señora elegida y sus hijos** probablemente aludan a la iglesia y a sus miembros.

El **amor en la verdad** de Juan significa que los ama porque ellos aman la verdad. Además, su amor por ellos es compartido por **todos los que han conocido la verdad**. Ellos han creído *la verdad* de que “Jesús es el Cristo” y, por lo tanto, han “nacido de Dios” (cf. 1 Juan 5:1).

La afirmación de Juan de que la **verdad** (la revelación de Dios en su Hijo) **permanece en nosotros** describe su condición corporativa.

Pero la *verdad* de Dios también **estará para siempre con nosotros**. El cristianismo ha perdurado a lo largo de los siglos y continúa **con nosotros** hoy y seguirá siendo verdadero eternamente.

V. 3. Los beneficios de **gracia, misericordia y paz** vendrán tanto **de Dios el Padre** como de Jesús. El título completo, **el Señor Jesucristo**, seguido por **el Hijo del Padre**, es único en los escritos joánicos y sirve para afirmar su señorío, su mesianismo y su deidad (cf. vv. 7, 9, 10).

Además, estos beneficios vendrán, declara Juan, **en verdad y en amor**. Al igual que Pablo en Efesios 4:15, se da prioridad a la *verdad*. Quienes piensan que la *verdad* puede minimizarse con tal de mantener el *amor* mutuo no comparten la perspectiva del Nuevo Testamento (cf. 1 Juan 3:23; 4:21).

II. Proteger la verdad rechazando el error (v. 4-11)

A. Practicar la verdad tal como fue dada originalmente (v. 4-6)

V. 4. El objetivo de Juan era convertir a los creyentes en discípulos, que están **andando en la verdad**, es decir, en el **mandamiento** de Jesucristo: el mandamiento de amar a otros cristianos (cf. vv. 5-6; Mateo 22:37-39).

V. 5. Juan ruega a toda la iglesia (**señora**) que se atenga al **mandamiento de amarnos unos a otros**, un mandamiento que tuvieron **desde el principio**.

V. 6. Como en 1 Juan 5:2-3, el **amor** por el hermano puede definirse como obediencia a los mandamientos de Dios. Así, cuando los creyentes **anden según sus mandamientos**, se aman unos a otros.

El único **mandamiento** (cf. 1 Juan 3:22-23) es amar a Dios. Porque si amamos a Dios, amaremos automáticamente a los hermanos (1 Juan 2:4-11; 3:11-15; 4:7-11, 20).

B. Proteger tu obra rechazando el error (vv. 7-11)

V. 7. Los falsos profetas o **engañadores** están vinculados al **anticristo**, sin duda los mismos de 1 Juan. Negaban que **Jesús** fuera el **Cristo**, y esa negación los identificaba como anticristos (cf. 1 Juan 2:22).

V. 8. Las palabras **Mirad por vosotros mismos** (*Blepete heautois*) pueden traducirse como “Tened cuidado con vosotros mismos”. La intrusión de la falsa enseñanza en la iglesia puede dañar seriamente la obra que Dios ha estado realizando entre ellos, lo que resultará en que el **galardón** por esa obra se vea disminuido.

En la expresión **no perdamos las cosas que hemos obrado, sino que recibamos** (RVA) la repetición de los verbos en primera persona del plural (“perdamos” y “hemos obrado”) contrasta con el *Mirad por vosotros mismos*. Juan había trabajado para el Señor en la misma iglesia y región donde se encontraban los destinatarios de esta epístola. Lo que estaba en riesgo, debido a la amenaza de la falsa doctrina, no era simplemente la obra de los lectores para Dios, sino *la del apóstol* también.

Si se permite que la falsa doctrina se introduzca en una iglesia, tiene el potencial de detener su progreso o incluso de destruirla.

La preocupación de Juan, expresada en términos de perder **un galardón completo**, muestra que la consecuencia de no mantener la

verdad no era la pérdida de la salvación, sino la pérdida de esa recompensa.

V. 9. Si la iglesia a la que Juan se dirigía no se mantenía vigilante, como acaba de advertirles, o si uno o más de sus miembros cediera a la nueva teología, Juan afirma que tal persona **se extravía** (*parabaínō*, “apartarse”) y **no persevera** (*menō*, “quedarse”) **en la doctrina de Cristo**. Se *aparta* de la verdad en lugar de *permanecer* en ella.

La persona que no permanece en la verdadera doctrina acerca de Jesucristo no tiene a Dios en su nueva perspectiva y/o estilo de vida. Está desconectada de Dios, mientras que quien permanece en la doctrina de Cristo mantiene una relación viva con Él.

V. 10. Para *permanecer* en la verdad acerca de Jesucristo, los lectores deben ser extremadamente cautelosos con cualquier maestro itinerante que **venga a ellos y no traiga** (es decir, no enseñe) **esta doctrina**. No deben ofrecerle hospitalidad ni mostrarle ningún tipo de ánimo.

En griego, **vosotros y recibáis** están en plural, indicando que se dirige a la congregación. Ninguno en la congregación debía prestar ayuda alguna a los falsos maestros. Las palabras **no lo recibáis en casa** implicaban, como mínimo, negarle comida y alojamiento. La sabiduría de no permitir que este tipo de gente “cruce la puerta” se ha hecho evidente en quienes han invitado a representantes de sectas a pasar y conversar: ¡dejarlos entrar suele ser más fácil que hacerlos salir! Juan manda a los miembros de la iglesia que ni siquiera **saluden** a tales personas. El motivo se declara en el versículo siguiente.

V. 11. Esta amonestación puede parecer dura. ¿Por qué un simple “hola” significaría participar en las **malas obras** del falso maestro? La palabra griega para *saludar* (*chairein*) significa “regocijarse”. Sería comparable a decir “buena suerte” o “buen día”. Un creyente no debería desear “que te vaya bien” a alguien que sabe que es enemigo de la verdad. Decírselo a un portador de un mensaje falso equivalía, aunque fuera en mínima medida, a participar *en sus malas obras*. En una época tolerante, ¡los creyentes deben aprender la auténtica medida de la *santa intolerancia*!

III. Despedida (v. 12-13)

V. 12. Los dos últimos versículos de 2 Juan constituyen la “despedida” personal del autor, quien conocía claramente a los destinatarios. Tiene **muchas cosas** que **escribirles**, pero ha decidido reservarlas para una visita futura. Esto dice mucho, de manera indirecta, sobre la importancia de los asuntos tratados en esta epístola, pues ha decidido *no esperar* a verlos para comunicárselos: eran lo bastante importantes como para ponerlos por escrito de inmediato.

V. 13. Si 2 Juan fuese una carta personal a una mujer concreta, cabría preguntar por qué solo los hijos de su hermana envían saludos (el verbo **saludan** aquí es el habitual y distinto del usado en los vv. 10-11). Por supuesto, hay posibles respuestas a esta pregunta: que la hermana estuviera ausente, que no fuera cristiana, etc. Pero ninguna de estas opciones parece del todo natural, especialmente si se considera que ni la “hermana elegida” ni la “señora elegida” (v. 1) reciben nombres propios. Esto contrasta con 3 Juan, donde aparecen tres nombres personales en el breve espacio de la epístola, mientras que en 2 Juan ni las “señoras” ni ninguno de sus “hijos” son nombrados.

Por otra parte, si la “señora elegida y sus hijos” del v. 1 representan a la iglesia y a sus miembros, entonces **los hijos de tu hermana, la elegida** se refiere sencillamente a los miembros de la iglesia en la que Juan se encuentra al escribir esta carta. El portador de la epístola conocería la identidad de esa iglesia, de modo que los lectores reconocerían que Juan envía los saludos de una iglesia hermana.

3 JUAN

COMENTARIO

I. Salutación (v. 1)

V. 1. Al igual que en 2 Juan, el apóstol escribe bajo el título de **el anciano**. El destinatario es un hombre llamado **Gayo**, a quien Juan expresa **amor** cristiano. El apóstol lo ama **en la verdad**, es decir, tanto “verdaderamente” como conforme a la **verdad** cristiana (cf. 2 Juan 1).

Varios hombres llamados *Gayo* aparecen en el Nuevo Testamento, pero nada indica que el *Gayo* de 3 Juan deba identificarse con los otros.

II. Defender la verdad apoyando a sus representantes (v. 2-12)

La carta exhorta a Gayo a hacer lo que Diótrefes no quiso hacer: apoyar la verdad apoyando a su representante Demetrio.

A. Reconocimiento del andar de Gayo en la verdad (v. 2-4)

V. 2. La palabra **prosperado** (*euodousthai*) equivale a la expresión española “irle bien” y no se refiere necesariamente a la prosperidad material. El apóstol desea que a Gayo le vaya bien y que **tenga salud**. Puesto que considera que el **alma** de Gayo **prospera**, expresa el deseo de que su bienestar temporal se iguale a su bienestar espiritual.

V. 3. Juan declara ahora que ha recibido información de ciertos **hermanos** cristianos de que Gayo se comporta de manera coherente con **la verdad**, es decir, con el contenido de la revelación cristiana dada por medio del Hijo de Dios.

V. 4. Juan se deleita con los informes sobre la adhesión de Gayo a la verdad. **Andar en la verdad** significa que Gayo vivía conforme a la verdad.

B. Exhortación a Gayo para que apoye a quienes proclaman la verdad (v. 5-10)

Vv. 5-6. Los **hermanos** mencionados son misioneros cristianos (evangelistas itinerantes). Se anima a Gayo a continuar ayudándolos como, evidentemente, lo ha hecho en el pasado.

La frase **por los hermanos [...] los desconocidos** no significa cristianos y no cristianos, puesto que la declaración **los cuales han dado ante la iglesia testimonio** parece referirse a ambas categorías. A veces, sin embargo, el término *hermano* o *hermanos* se emplea para personas concretas conocidas por los cristianos a quienes se dirige (cf. 1 Corintios 16:12; 2 Corintios 9:3, 5; 12:18). *Los hermanos* puede indicar evangelistas itinerantes que tanto Juan como Gayo conocían, mientras que *extraños* se refiere a evangelistas de otros lugares que Gayo no conocía.

Gayo era un hombre generoso cuando se trataba de ayudar a quienes viajaban al servicio del Evangelio. Esto constituía un acto de fidelidad al Señor y a su verdad. Las palabras **fielmente te conduces** podría traducirse: “haces un acto de fidelidad”. El punto de Juan es que cualquier cosa que Gayo hiciera (*ergasei*, “hacer, realizar”) por estos siervos de Cristo es un acto de fidelidad a Dios.

V. 7. Estos hombres emprendieron su misión sin buscar ayuda de gentiles no salvos. Como indican las palabras **sin aceptar nada**, estos predicadores del Nuevo Testamento, al parecer, se negaban a recibir tal ayuda.

La expresión **por amor del nombre de él** podría traducirse como “por causa del Nombre”. (En el griego no se especifica a quién pertenece el nombre, pero lo más natural es entenderlo como una referencia al Señor, es decir, *el Nombre* por excelencia). La implicación es que buscar ayuda material de parte de los no creyentes habría sido indigno de ese *Nombre*.

V. 8. La palabra **acoger** (*apolambanein*) significa “dar la bienvenida” (por ejemplo, acoger a un huésped en casa; cf. Lucas 15:27). Cuando los cristianos ofrecían hospitalidad a estos siervos del Señor, se convertían en **colaboradores** (RVA-2015, *synergoi*, “compañeros de trabajo”) **en (o con) la verdad** proclamada por ellos. En otras palabras, ¡se hacían *partícipes de* la Palabra predicada!

V. 9. Gayo podría haberse preguntado por qué esta petición se le dirigía a él en lugar de a **la iglesia** a la que pertenecía. El comentario de Juan implica que su proceder era algo inusual y, por eso, desea explicárselo a Gayo.

Juan afirma que *ha* escrito **a la iglesia**. Existe la posibilidad de que 2 Juan *sea* la carta a la que se refiere aquí, pero no es más que eso: una posibilidad.

El problema en la iglesia de Gayo era la presencia de un líder dominante llamado **Diótrefes, al cual le gusta tener el primer lugar entre ellos**. Esta acusación no significa que Diótrefes sostuviera algún error doctrinal ni que no fuera cristiano. Más bien, Diótrefes es culpable de usurpar un lugar en la iglesia que pertenece solo a Jesús.

La palabra **nos** probablemente se refiere a quienes formaban parte del círculo inmediato de apóstoles de Juan (cf. 1 Juan 2:19). Por esta razón, Juan tampoco espera que Diótrefes reciba a Demetrio (v. 12). Por eso Juan escribe a Gayo, y no a la iglesia, para solicitar hospitalidad.

V. 10. Juan asegura a Gayo que **si fuera** a la iglesia de Gayo, **recordará** las obras que hace Diótrefes. El apóstol parece confiado en que podrá poner a este hombre en su lugar si va personalmente a esa iglesia.

Con la expresión **las obras**, el apóstol tiene sin duda en mente la negativa de Diótrefes a reconocer a cualquier emisario que hubiera llegado a él de parte de los apóstoles. Tales rechazos vinieron acompañados de **parloteo con palabras malignas contra nosotros** (los apóstoles). El verbo *parlotear* (*phlyaréō*) solo aparece aquí en el Nuevo Testamento (aunque está relacionado con *phlyaros*, que aparece en 1 Timoteo 5:13 con el sentido de “chismosos”). El término denota charla necia o insensata.

Aunque Diótrefes debería haberse avergonzado profundamente de estas *palabras* con las que menospreciaba a los apóstoles, en realidad añadió a **estas cosas** —es decir, a las palabras que pronunció— los pecados adicionales de rechazar personalmente a los predicadores itinerantes y, además, impedir que otros (**los que quieren**) los reciban.

C. Exhortación a continuar este apoyo en favor de Demetrio (vv. 11-12)

V. 11. Gayo **no** debe **imitar lo malo**. Si lo hiciera, podría decirse de él que **no ha visto a Dios**. Por el contrario, si hace lo correcto, se podrá decir que es **de Dios**.

Ser *de Dios* significa que la acción de la persona tiene su origen en Dios (cf. 1 Juan 3:10b). El pecado, en cambio, es siempre un acto realizado en ignorancia y oscuridad espiritual. El pecador actúa pecaminosamente porque ha perdido de vista a Dios (cf. 1 Juan 3:6).

El participio presente con artículo en griego se emplea en las expresiones **el que hace lo bueno** (*ho agathopoiōn*) y **el que hace lo malo** (*ho kakopoiōn*), pero estas expresiones no implican más que la realización de la acción. Tales participios pueden referirse a acciones que ocurren una sola vez (por ejemplo, Juan 6:33, *ho katabainōn*, “el que descende”) o a acciones que ya no están ocurriendo (por ejemplo, Juan 9:8, *ho kathēmenos kai prosaitōn*, “el que se sentaba y mendigaba”). Las afirmaciones siguen siendo válidas tanto si lo bueno como si lo malo se hace una sola vez o muchas.

Así pues, a Gayo se le dice que si *hace lo bueno* al recibir a Demetrio (v. 12), con ello será *de Dios*; es decir, actuará de tal manera que *Dios* mismo sea la fuente de lo que hace. Por el contrario, si *imita* a Diótrefes y *hace lo malo*, actuará desde la ceguera espiritual y habrá perdido toda percepción de Dios.

V. 12. **Todos** los que conocían a Demetrio **daban** buen **testimonio** de él. Pero además, **Demetrio** recibió “testimonio” de **la verdad misma** (es decir, *Demetrio* proclamaba *la verdad*). Al hacerlo demostró su “ortodoxia”, y esto lo hacía digno de recibir apoyo en sus viajes de parte de otros cristianos (cf. 2 Juan 10). Así, *la verdad* daba *testimonio de él* mientras la proclamaba.

Un tercer “testigo” estaba también disponible para *Demetrio*. Las palabras de Juan **Y también nosotros damos testimonio** se refieren evidentemente a los apóstoles, cuyo “testimonio” Diótrefes no quiso aceptar. Juan está seguro de que Gayo, a diferencia de Diótrefes, recibirá este testimonio y añade: **y vosotros sabéis que nuestro testimonio es verdadero**.

III. Despedida (v. 13-14)

Vv. 13-14. El apóstol tiene muchas cosas que decirle a Gayo, pero prefiere hacerlo en persona. Antes había usado las palabras “si yo fuere” (v. 10) y ahora expresa la esperanza de poder hacerlo **en breve**. Sin duda, Demetrio se dirigía a la región de Gayo antes que Juan, por lo que esta carta de recomendación era necesaria para conseguir la hospitalidad de Gayo para Demetrio.

Las epístolas de Juan

¿Quieres más?

¿Te ha gustado *Las espístolas de Juan: Un comentario breve*? Entonces te invitamos a visitar el blog **Su Gracia Gratuita** en español, donde cada semana publicamos artículos traducidos del *Grace Focus Blog*. Son textos breves sobre distintos temas bíblicos y están disponibles de forma gratuita en el sitio web faithalone.org. Puedes acceder desde este enlace:

faithalone.org/category/su-gracia-gratuita/

También puedes encontrar libros traducidos al español en:

<https://store.faithalone.org/>